Joaquín Dicenta y Antonio Paso (hijos.)

He visto a un hombre saltar

PASATIEMPO CÓMICO, EN TRES ACTOS
EL SEGUNDO DIVIDIDO EN DOS CUADROS,
ORIGINAL

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
CALLE DEL PRADO, NÚM. 24
MADRID

HE VISTO UN HOMBRE SALTAR

He visto a un hombre saltar

PASATIEMPO CÓMICO, EN TRES ACTOS
EL SEGUNDO DIVIDIDO EN DOS CUADROS,
ORIGINAL DE

Joaquín Dicenta y Antonio Paso (hijos.)

ESTRENADO CON GRAN ÉXITO EN EL TEATRO COMICO, DE MADRID, LA NOCHE DEL 11 DE MARZO DE 1927

TALLERES GRAFICOS PIÑERA
MORATIN, 63
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PEPITA	Loreto Prado. (1)
SUSI	Carola Fernan-Gómez
DOÑA FILO	Paula Martín.
SEGUNDA	Luisa Estrella.
AGAPITA	Julia Medero.
DARIA	Luisa Melchor.
DOLORES «LA ZURDA»	Carmen L. Solís.
AMBROSIA	María López.
DON RIGOBERTO	Enrique Chicote.
TONICO	Julio Costa.
MANUEL BORREGO	Julio Castro.
POLICIA 1.º	Augusto R. Ariae.
POLICIA 2.º	José Sampietro.

Epoca actual.

(En caso necesario pueden doblar DOLORES *la Zurda,* con AMBROSIA.)

---

(1) Véase el aviso de la página siguiente.

A LOS DIRECTORES DE ESCENA

AVISO IMPORTANTE

Habiendo sido estrenado el papel de la protagonista de esta obra por la eminente actriz Loreto Prado, los autores, a petición de la insigne comediante, se vieron obligados a convertir el personaje de PEPITA en una mujer de alguna edad. Por esta razón queremos advertir a los directores de escena que si la primera actriz de la compañía fuese joven podrá encargarse del papel con solo introducír las modificaciones que van anotadas en las páginas correspondientes.

ACTO PRIMERO

Una especie de hall en un hotel lujoso. Al foro rompiente que da a una galería de cristales. A la derecha, dos puertas. A la izquierda, una. Sobre una silla una americana de hombre. En escena está AMBROSIA *que aguarda respetuosamente. Viste aseado traje de artesana. Por la izquierda sale* TONICO; *lleva puesta una bata y un billete de cinco duros en la mano. Son las nueve y media de la noche. El aparato eléctrico del salón está encendido. Es verano y en el jardín, que se ve detrás de la galería, hay luz de luna.*

TON. De parte de la señorita, que tome estos cinco duros de propina.

AMB. ¿De modo que ya no les hago falta para nada?

TON. Para nada. Ya nos has servido la cena y nos acostaremos pronto.

AMB. Pero, ¿cómo se van a quedar solos los señoritos en un hotel tan grande donde van a dormir por vez primera?

TON. No creo que vayan a venir ladrones.

AMB. No, señor. Cinco años ha llevado aquí mi marido de jardinero y nunca se dió el caso. Y eso que nosotros vivíamos en las casillas del jardín y que el hotel estaba siempre solo.

TON. ¿Sólo? ¿Pues y su antiguo propietario?

AMB. No vivía en Madrid ¿sabe usted? El vive con su familia en no se qué provincia. Y, como es hombre rico...

TON. Compró este hotel para pasar con su familia en la corte algunas temporadas...

AMB. No, señor. Cuando venía lo hacía siempre solo.

TON. ¡Ah, vamos! ¡Es que tenía algún lío y...!

AMB. No tenía un lío.

TON. ¿En qué quedamos?

AMB. Tenía muchos.

TON. Y, ¿cómo fué esto de vender el hotel tan deprisa?

AMB. Se puso en relaciones con una *bailaora* de flamenco; una a la que llaman Dolores, «La Zurda.» Hasta creo que hay de por medio un chico. Se veían aquí. Pero, él debió tomar miedo por algo y, de la noche a la mañana, le hízo un poder a mi marido para que vendiese el hotel con todos sus muebles y desapareció.

TON. Pues a nosotros nos ha hecho un favor enorme porque, cuando nos casamos, por no encontrar casa a nuestro gusto, tuvimos que meternos en una fonda. De pronto, leo el anuncio de que éste hotel, lujosamente amueblado, estaba en venta. Vengo, me agrada, firmo ayer la compra, y henos hoy definitivamente instalados. Y el hotel es precioso...

AMB. Ya lo creo... A mí me cuesta un trabajo marcharme...

TON. Es mi mujer la que no quiere que os quedéis.

AMB. Claro y, como ella es la de la *pasta mineral*, pues ella es la que manda, ¿verdad?

TON. Tanto como mandar...

AMB. No, si ya estoy enterada de que la rica es ella. *Pues, de no ser por eso, ¿se habría usted casado con una mujer que casi casi le dobla a usted la edad?* (1).

TON. No tanto.

AMB. *Es un decir... Pero, vamos, que usted es joven y guapo...* (2). *(En este momento, sin que la vean los otros, aparece en la izquierda* PEPITA, *la mujer de Tonico que oye las últimas frases. Trae en la mano dos sobres abultados y atados con cintas y un retrato, con marco de pié que coloca luego sobre un mueble.)* Lo de que es usted joven ya lo sabe usted.

PEP. *(Aparte.)* ¿Cómo?

AMB. Y lo de que es guapo ya se lo habrán dicho alguna que otra vez.

---

(1) Si el papel de Pepita lo hace una actriz joven, en lugar de lo impreso en letra bastardilla, se dirá: «¿Se habría usted casado con una mujer que no hace más que darle disgustos con sus celos ridículos?

(2) Y, aquí, en lugar de lo impreso en letra bastardilla. se dirá: «Claro que como usted es joven y guapo...»

PEP. *(Aparte.)* ¿Qué?

TON. Se agradece el piropo...

PEP. *(Aparte.)* ¡Habrase visto el presumido!

AMB. En cambio a la señora hay que verla...

PEP. *(Aparte.)* ¿Qué es lo que habrá que verme?

AMB. ¡Valiente cascarrabias!

PEP. *(Aparte.)* ¿Yo cascarrabias? ¿Cascarrabias yo?

AMB. Ya ve usted que hace aquí falta un jardinero y sin más ni más, llega ese rabo de lagartija...

PEP. *(Aparte.)* ¿Yo rabo? ¿Yo lagartija?...

TON. Si ella te escuchase...

AMB. Bueno, todo esto es un decir...

PEP. *(Avanzando.)* ¡Es un decir, tonterías!

TON. ¡Arrea! ¡Mi mujer!

AMB. ¡La señora! Vaya, que ustedes se diviertan. *(Hace mutis por el foro.)*

PEP. ¡Muy bien! ¿De modo que te dedicas a insultarme con Ambrosia?

TON. Nadie te ha insultado.

PEP. ¿Cómo que no? ¡Me ha llamado cascanueces!

TON. No ha dicho cascanueces. Ha dicho Cascarrabias.

PEP. Pues aún me gusta menos lo de cascarrabias que lo de cascanueces. Además me ha dirigido otros dos insultos.

TON. Uno.

PEP. Dos. Me ha llamado rabo, ¿lo oyes? ¡Rabo! Y me ha llamado lagartija. Me parece que son dos insultos.

TON. Ha dicho rabo de lagartija, que es uno solo.

PEP. ¡Dos!

TON. ¡Uno!

PEP. Uno que vale por dos. Lagartija, nombre propio de un animal invertebrado, y rabo, apéndice del susodicho animal y de otros muchos animales. Además de eso te ha piropeado.

TON. ¿A mí?

PEP. Sí. Te ha llamado joven y te ha llamado guapo. *(Se arroja contra un sillón y comienza a llorar.)* ¡Ay, Dios mío, qué desgraciada soy!

TON. ¡Pepita!

PEP. ¡No me toques!

TON. Ya empezamos con tus celos y tus nervios ridículos.

Pep. ¡Eso es! ¡Oféndeme encima!... ¡Que no me toques!

Ton. No es que te ofenda. Es que tienes los nervios como cuerda de bandurria.

Pep. ¿Bandurria yo? ¡Pues no me toques! De modo que saliste a despedirla y has estado más de un cuarto de hora hablando con ella... ¿Es que en ese tiempo no os habéis dicho nada?

Ton. Me ha contabo la historia del antiguo dueño del hotel.

Pep. ¿Y qué más?

Ton. Se ha quejado...

Pep. *(Iracunda.)* ¿Lo ves? ¿Lo ves?

Ton. ¿Qué veo?

Pep. ¡Que se ha quejado!

Ton. ¿Y qué?

Pep. ¡Que, cuando se ha quejado, es que la has hecho daño!

Ton. ¿Yo?

Pep. ¡Y, cuando las has hecho daño, es que la has pellizcado!

Ton. Pero, ¿cómo puedes suponer que yo iba a fijarme en Ambrosia?

Pep. ¡De menos nos hizo Dios!

Ton. *(Indignado.)* ¡Sí, de barro como los botijos!

Pep. ¡Haz el favor de no pitorrearte!

Ton. Yo no me pitorreo.

Pep. Entonces, ¿qué estás hablando de botijos?

Ton. ¿Pero, tú crees que es esto matrimonio, es esto felicidad, es esto vida, es esto...?

Pep. ¿Es esto tuyo? *(Mostrándole uno de los sobres.)*

Ton ¿Eso qué es?

Pep. Ya lo estás viendo. Un paquete de cartas.

Ton. ¿Dónde lo encontraste?

Pep. En el «secretaire» que hay en ese cuarto. *(Puerta izquierda.)*

Ton. A ver, a ver. *(Abre el paquete y empieza a leer una carta)* «Nenito de mi alma: no sabes las ganas que tengo de llenarte la carita de besos...»

Pep. Esa es de una madre.

Ton. *(Leyendo otra.)* «Viejecito de mi vida: ¡Si vieras las ganas que tengo de ver a mi abuelín!...»

Pep. Esa es de una nieta.

TON. *(Leyendo otra.)* «Granuja: ahí te devuelvo tus tres mil pesetas; no quiero nada tuyo.»

PEP. Esa es de una prima...

TON. *(Leyendo otra.)* «Querido...» *(Se detiene avergonzado.)*

PEP. *(Quitándale la carta.)* A ver... *(Después de leer con cara de susto.)* Pues esta es de una tía. *(Doblando la carta.*

TON. *(Leyendo otra.)* «... ven pronto; en cuanto vengas te voy a dar un mordisco en esas narices tan bonitas.»

PEP. Esa es de una cochina.

TON. La mayoría de las cartas las firma Dolores. Será la correspondencia del antiguo propietario del hotel.

PRP. Pues también he encontrado este paquete. *(Se lo da.)*

TON. *(Abriéndolo.)* Son retratos Mira este: una mujer en traje de Colombina y dedicado: «A mi bebé».

PEP. *(Cogiéndolo.)* Esta es una broma de Carnaval.

TON. *(Mirando otro.)* ¿Esa es una broma? ¡Pues esta es una cosa muy seria! Está en traje de baño y la dedicatoria dice: «A mi gatito, su gatita. En Enero del veintiseis.»

PEP. ¿Gatita y en Enero? Trae trae; no mires más. *(Le quita el sobre.)* Yo te enseñaré las que puedas ver.

TON. No creo que haya ninguna con menos ropa.

PEP. Es de suponer. *(Mira otro retrato y se tapa la cara)* ¡Jesús! ¡Qué desvergüenza! ¡Una mujer desnuda!

TON. ¡A ver! *(Con gran curiosidad.)*

PEP. ¡Tonico!

TON. *(Corrigiéndose.)* ¡Haber... haber en el mundo mujeres capaces de retratarse así!

PEP. ¡Qué cochina! Esta debe ser la del mordisco en las narices.

TON. ¿Pero está completamente desnuda?

PEP. No tiene más que una hoja de parra.

TON. Sigamos viendo.

PEP. No.

TON. ¿Por qué?

PEP. Porque, a lo mejor, la que viene detrás se ha retratado en el otoño. *(Cierra el sobre.)*

TON. Mira, Pepita, paso porque tengas celos de Ambrosia; paso porque, temiendo a las criadas de Madrid, hayas enviado a Cercedilla por una paleta. Por lo que no puedo pasar es porque tengas celos hasta de los retratos. No creo que vaya a comérmelos. Las fotografías no me causan hambre.

PEP. Pero pueden servirte de aperitivo.

TON. ¡Pepita!

PEP. Y ya que hablamos de la nueva criada, te diré que, como la que venga sea guapa, se vuelve a Cercedilla.

TON. ¡Eres intolerable!

PEP. Pues mira: separémonos y en paz.

TON. A tu gusto.

PEP. ¡Pues me voy ahora mismo!

TON. ¡Vaya ustnd enhorabuena! *(Se sienta de espaldas a ella.)*

PEP. ¡Y en la vida volverá usted a verme!

TON. ¡Perfectamente! *(Enciende un cigarro.)*

PEP. ¡Pues adiós!

TON. ¡Adios! *(Ella se dirige a la puerta. Luego se detiene.)*

PEP. ¿Es que no se ha enterado usted de que me marcho?

TON. Sí, señora.

PEP. ¿Y me dejas ir?

TON. Yo no detengo a nadie. *(Sin moverse.)*

PEP. Eso es lo que tú quieres: que me vaya. Así te quedas en libertad para buscar amantes.

TON. ¡Pepita! *(Levantándose.)*

PEP. ¡Pues ya no me voy! *(Se sienta.)*

TON. Pues no te vayas.

PEP. *(Como presa de un hipo histérico.)* ¡Canalla! ¡Granuja! ¡Mal marido! *(El se tapa las orejas con las manos. Se oye dentro la voz de Borrego.)*

BORR. *(Dentro.)* ¡Tonicooo!

PEP. *(A Tonico, gritándole.)* ¡Te están llamando!

TON. Me estás llamando cosas muy desagradables.

PEP. Si no soy yo.

TON. ¿Que no eres tú? *(Indignado.)*

PEP. Es que como tenemos estropeada la campanilla...

TON. Pues no lo parece, porque gritas como si en lugar de campanilla, tuvieses un cencerro.

PEP. Si donde te llaman es en el jardín.

TON. ¿En el jardín? *(Se dirige al foro.)* ¡Caramba, si es Borrego! *(Hablando hacia dentro.)* ¡Levanta el picaporte! ¡Está abierta la verja! ¡En el vestíbulo verás una escalera que te traerá hasta aquí! *(Pausa.)* ¡Demonio! ¡Pues no cruza el jardín corriendo como un loco!

PEP. ¿Quién es ese Borrego?

TON. Uno de mi partida del Casino a quien tú no conoces. El hijo de ese señor con quien he tenido algunos negocios de carbón... *(Suena un timbre en la derecha.)*

PEP. También llaman en la puerta del hotel que dá a la otra calle.

TON. Será la nueva criada. El tren llega a las nueve.

PEP. Voy a verlo. Pero te juro que como sea guapa, a las primeras de cambio la mando a Cer...

TON. ¿A hacer qué?

PEP. ¡A Cercedilla, hombre, a Cercedilla! *(Hace mutis por la primera derecha. Tonico queda viéndola marchar.)*

TON. Si no fuese por sus ochenta mil duros, ¡a buena hora la aguantaba! *(En el foro aparece* MANUEL BORREGO, *jadeante, se apoya en el muro sin poder hablar.)*

BORR. Ve... ve... ve...

TON. Pasa, Borrego. *(Volviéndose.)*

BORR. Vengo reventado. Me urgía mucho verte. Y como hace varios días que no vas a nuestra partida de poker... Menos mal que me dieron en el Casino tus nuevas señas...

TON. Vamos, siéntate y di lo que te ocurre...

BORR. Tonico... ¡Soy el hombre más desgraciado de la tierra! Me pasa una cosa tan terrible, que mi corazón ya no es una víscera humana. Es una motocicleta con el escape abierto. Trae la mano. Ponla sobre mi pecho. ¿Lo notas?

TON. ¡Qué manera de palpitar!

BORR. Figúrate lo que me puede traer esto. Padeciendo

como padezco desde pequeño un poco de miocarditis...

TON. Es verdad.

BORR. Como que, en este instante, tengo el miocardio, que no sé si es mío o es tuyo.

TON. Bueno. Acaba de decir lo que te ocurre.

BORR. ¡Pienso suicidarme, Tonico!

TON. ¡Manolo!

BORR. Y me da una pena pensar lo que va a sufrir mamá Rita... ¡Pobre mamá!

TON. ¿Pero cuál es la causa de tan extrema determinación?

BORR. Una carta que he recibido.

TON. ¿De tu novia?

BORR. De mi amante.

TON. *(Con asombro.)* ¿De tu amante? ¿Y qué te dice tu... amante para desesperarte así?

BORR. ¡Lo más horrible! ¡Lo más espantoso que me puede decir!

TON. Que no te quiere.

BORR. Peor todavía.

TON. Que te deja.

BORR. Peor.

TON. Que se va con otro,

BORR. Muchísimo peor.

TON. ¿Pues qué te dice?

BORR. Que la mande dinero.

TON. ¡Qué barbaridad!

BORR. Mira, Tonico; yo, hasta ahora, había sido un santo varón; no había puesto los ojos más que en mi novia y lo hice siempre de una manera romántica y platónica. Yo era lo que se dice un bendito. Pero un día me tropecé con Eva...

TON. Ah, ¿se llama Eva?

BORR. Evarista; pero yo siempre la llamé Eva.

TON. Y, Eva...

BORR. Eva fué la primera mujer...

TON. Y Adán el primer hombre, ya lo sé.

BORR. La primera mujer con quien tuve sus más y sus menos. Más bien más que menos Pues bien; yo no conocía otro lugar de esparcimiento que Molinero y allí me la llevé algunas tardes a tomar el

té. Pero, cierto día, se me planta y me dice: «¡A mí no me das más el té con tanto Molinero!»

TON. ¿Y tú?

BORR. Me quedé turulato. Después me explicó que teníamos que buscar un sitio apartado, que ella no era libre...

TON. Cómo te quedarías...

BORR. Turulato del todo... Total, que como yo no conocía ningún otro sitio, la subí a un auto y le dije al chófer: «Llévanos donde pueda ir una mujer que dice que no es libre.» ¡Y ande la gasolina!

TON. ¿Y dónde fuistes a parar?

BORR. A casa del Cochero. Un merendero que hay en San Fernando del Jarama.

TON. ¿Y ella?

BORR. Ella decía que aquello era un Paraíso.

TON. Total.

BORR. Que una tarde, estaba yo con Eva en el Paraíso...

TON. ¿Debajo de un manzano?

BORR. No sé si era manzano, pero que había un árbol no te quepa duda. Y de detrás de aquel árbol fué de donde salió un señor muy serio, y con un garrote que era el copete del nuevo Círculo de Bellas Artes. Pegué un salto, me metí en el auto y allí me dejé a Eva en el Paraíso con aquel energúmeno.

TON. ¿Era su padre?

BORR. Eso creía yo, pero lee esta carta y verás.

TON. *(Leyendo la carta que le dá Borrego.)* «Mi marido, que era el señor del otro día...» ¡Atiza!

BORR. ¿Qué si atiza? Sigue leyendo, y ya verás si atiza.

TON. *(Leyendo.)* «...Está furiosísimo. Dice que te buscará para darte un puñetazo en las narices...»

BORR. ¿Atiza o no atiza?

TON. ¡Arrea!

BORR. ¿Qué si arrea? Sigue, sigue.

TON. *(Leyendo.)* «Y una patada que vas a tener que vender la sillería por innecesaria.»

BORR. ¿Arrea o no arrea?

TON. *(Leyendo.)* «Pero como todo tiene arreglo en el mundo, mi marido me ha dicho, en medio de su furia, que si esta noche mandas a casa cinco mil

leandras, es capaz de olvidarlo todo. Haz lo que te convenga. Eva.»

TON. Pero, en realidad, ¿se trata de un hombre tan terrible?

BORR. ¡No tienes idea! Cuando lleva en la mano el palo con que me amenazó...

TON. Me lo imagino. Cabeza que coge...

BORR. Cabeza que apisona. Especial para asfaltos.

TON. Bueno, mira. Todo eso que se lo cuenten a Rita.

BORR. ¿A mi mamá? ¡De ninguna manera! ¡La matan del disgusto!

TON. No, hombre, no.

BORR. ¡Que sí! ¡Que la matan!

TON. ¡Que no digo eso! Digo que esto es un *chantage*. Pero no te queda más remedio que mandar el dinero. Se trata de una mujer casada, los camareros habrán sido testigos de la sorpresa... Puedes ir a la cárcel...

BORR. Por eso, en cuanto recibí la carta, me fuí al Viaducto y me encaramé a la barandilla. Pero me acordé de mamá Rita y comencé a llorar. Mira si vertería lágrimas que, uno que pasó por debajo, se paró de pronto y extendió la mano. *(Extendiéndola como quien observa si llueve.)* Pero, si una vez el recuerdo de mamá me ha detenido, yo te aseguro que la segunda no me detiene nada. ¡Adiós, Tonico! ¡Sé feliz! ¡Que no se me ponga coronas! ¡Que no se repartan esquelas!

TON. Pero, ¿por qué no le pides el dinero a tu padre? El es rico. Tiene uno de los más fuertes almacenes de carbón. Hace negocios enormes. Hace poco le vendí yo bastantes vagones de carbón de encina para su almacén...

BORR. ¿Has acabado ya? Pues bien. Mi padre ha jurado no darme un céntimo hasta que me case.

TON. Entonces, puesto que no hay otro remedio...

BORR. ¿Qué vas a hacer? *(Adivinando.)*

TON. Darte el dinero. *(Se quita la bata.)*

BORR. No te molestes, hombre. *(Sosteniéndole la americana.)*

TON. No lo tengo en casa pero vamos al Casino. Allí se lo pediré a cualquiera de nuestra partida de

poker. *(Gritando en la primera derecha.)* ¡Pepita! ¡Tráeme el sombrero y la llave! *(A Borrego.)* Vé delante. Si pasa un auto, tómalo.

BORR. ¡Soy tu esclavo, Tonico! Yo te juro que, como me tropiece con otra Eva o se conforma con tomar el té en Molinero o va a tener que buscarse un nuevo Adán que la acompañe al Paraíso, porque un servidor le ha declarado el boicot a las manzanas. *(Cuando ha hecho mutis por el foro, entra* PEPITA *por primera derecha.)*

PEP. ¿Te vas? *(Trae una llave y el sombrero de Tonico.)*

TON A un asunto de Borrego. Cosa de unos minutos. Puedes cerrar la puerta del piso bajo que dá al jardín y acostarte. Yo cerraré la de la verja al salir y entraré por la puerta del hotel que dá a la otra calle.

PEP. Pero, ¿tú crees que yo puedo conformarme porque te vas con un amigo a quien yo no conozco?

TON. Se trata de Borrego.

PEP. ¿Y, quién me dice a mí que ese Borrego no es un zorro?

TON. ¡Pepita!

PEP. Yo no sé de ningún borrego que trasnoche. Además que ese amigo, puede que sea ahora tan formal como tú, pero quién sabe si, en otros tiempos, ha sido tan juerguista como tú lo fuiste de soltero.

TON. Hay un refrán que dice que agua pasada no corre molino.

PEP. Y otro que dice que la cabra siempre tira al monte.

TON. ¿Y qué?

PEP. Que la cabra y el borrego son primos segundos.

TON. Y en esto de escamarse, el besugo y tú, primos hermanos. *(Hace mutis por el foro.)*

PEP. Juraría que me ha llamado besugo... ¡Y se vá! Pues como a las once menos cuarto no esté en casa, a las once me tiene en el Casino. *(Dirigiéndose a la primera derecha.)* Pasa por aquí. Ya se fué el coco y podemos seguir hablando en esta habitación. *(Entra por dicho sitio* SEGUNDA *muchacha de pueblo, rolliza y con cara de bobalicona. Viste a usanza pueblerina, pero muy despechugada: las faldas cortas y los brazos al aire.)*

SEG. ¿Ya se ha marchao el señor?

PEP. Sí; se ha marchado.

SEG. ¡Qué lástima!

PEP. ¿Cómo?

SEG. Con las ganas que tengo yo de conocerle...

PEP. ¿Ah, sí?...

SEG. Como me han dicho en el pueblo que es tan guapo...

PEP. ¿De modo, que quieres conocerle porque te han dicho que es guapo?

SEG. Sí, señora... Y una no está acostumbrá más que a ver a los mozos. Las de Cercedilla ven a los veraneantes; pero, ¡como una es de un pueblecito!..,

PEP. Pues ni el señor es tan guapo como dicen, ni vas a conocerle tú...

SEG. ¿Se ha ido de viaje?

PEP. Tú eres la que va a viajar más pronto que lo esperas.

SEG. Ya pensé yo que no valdría pa servir en Madrid. ¡Como una es tan corta de genio!...

PEP. A mí me parece muy bien que seas corta de genio; pero te querría más larga...

SEG. Ya aprenderá una...

PEP. Más larga de falda.

SEG. Pues a mí me habían dicho que, por acá, iban las mujeres por aquí... *(Señalando la rodilla.)*

PEP. Eso será por allá... *(Señalando al foro.)*

SEG. ¿Por dónde?

PEP. Por allá fuera, por la calle. En mi casa hay que ir por aquí... *(Señalando los tobillos de Segunda.)*

SEG. ¡Como una es de un pueblecito!...

PEP. *(Remedándola.)* Sí, pero como mi marido es de una capital..., pues ahí verás tú.

SEG. No entiendo a la señora, porque como una es una pava...

PEP. Sí, pero no tanto, hija, no tanto.

SEG. ¿Por qué lo dice la señora?

PEP. Porque bien está que seas una pava, pero no enseñes tanto la pechuga..., ¡caramba! Las pavas tan despechugadas, no se ven en Madrid más que en Nochebuena.

SEG. ¿Ah, sí?

PEP. Y si te quedas en mi casa, para mi marido va a

ser Nochebuena todo el año. Enseñas demasiado las carnes, y el peligro está en que las tienso como le gustan a él: rollizas...

SEG. ¡Ah, pues si le gustan al señor!...

PEP. ¡Pero como no le gustan a la señora!... ¡Vamos! Estoy segura de que, en cuanto volviera la espalda, te daría un pellizco.

SEG. Eso sí que no.

PEP. (*Aparte.*) Menos mal: se sabe defender.

SEG. A mí no hay quien me coja un pellizco.

PEP. ¿Estás segura?

SEG. Tengo yo la carne demasiado apretá... Y si no, en cuanto venga el señorito vamos a hacer la prueba.

PEP. ¿La prueba de qué?

SEG. De que no me coge un pellizco.

PEP. Mira, esas pruebas las haces con el quicio de una puerta, porque mi marido no es ningún alicate.

SEG. Yo me creo que los mozos de mi pueblo son más brutos que el señorito, ¿no?

PEP. Yo creo que sí.

SEG. Pues allí se apostaban jarros de vino a ver quién conseguía pellizcarme, y, aprieta por aquí, aprieta por allá, los deos se les escurrían, y como no ganaba denguno, pues pagaban tos, y bebían tanto, que el tabernero me convidaba a merendar los domingos, pa que me estuviera allí y no dejasen de apostar... ¡Era una risa!...

PEP. Pues como se enteren los taberneros de Madrid, te subvencionan.

SEG. De modo que el señor pué que lo intente, pero pellizcar, no pellizca. Esté tranquila la señora.

PEP. Y tan tranquila. Como que te vas a ir antes de que a mi marido le dé por traerse a casa los amigos para repetir las escenas de la taberna de tu pueblo...

SEG. De forma, ¿que no quié la señora que me quede?

PEP. No. Eres... demasiado hermosota...

SEG. No es que sea hermosota. Es que, como una es joven, pues está una fresca...

PEP. Sí, hija, sí. ¡Estás fresca! Y yo también estoy fresca si te quedas en casa...

SEG. De forma, que...

PEP. (*Remedándola.*) Que mañana tempranito, tomas el caminito, y te vas a tu pueblecito...

SEG. Pero ¿por qué?

PEP. (*Como antes.*) Para que no te vea el señorito... (*Suena un timbre en la derecha.*)

SEG. (*Iniciando el mutis curiosamente.*) ¿Llaman? ¿Será él?

PEP. (*Asombrada.*) ¿Quién?

SEG. El señor.

PEP. No es el señor, porque el señor se ha llevado la llave. Si fuese el señor no le abrirías tú. Pero, como no es el señor, mira a ver quién es.

SEG. Dispense la señora... ¡Como una es de un pueblecito!

PEP. (*En el mismo tono.*) Ya lo sé. ¿Quieres un recibito? (SEGUNDA *hace mutis por primera derecha.*) Nada, nada. Mañana la facturo. No es que yo sea celosa. Los celos son un sentimiento altamente ridículo. Es que soy precavida. A los hombres hay que quitarles la ocasión de pecar, porque, quien quita la ocasión... quita el pellizco... Lo que es en esta casa, no entra ni una mujer guapa... ¡Ni de visita, vamos, ni de visita! (*En este momento aparece en la primera derecha* SUSI, *mujer joven, guapa, elegante y muy americana en sus modales. Trae en la mano un maletín grande.*)

«SUSI. (*Desde la puerta.*) ¡Doña Pepita!...»

«PEP. (*Sorprendida.*) ¿Eh?»

«SUSI. Soy yo, doña Pepita...»

«PEP. (*Desconcertada.*) ¿Y quién es usted?»

«SUSI. ¡Susi! ¡La Susi! La hija de su amiga Filo... Y aquí tiene usted a mi mamá.» (1). (*Señalando a la primera derecha, donde aparece doña* FILOMENA. *Muestra ser hembra aficionada al lujo estrepitoso y de mal gusto: trae también un maletín de viaje. Téngase en cuen-*

«(1). Si la actriz encargada del papel de Pepita es joven, en lugar de lo impreso se dirá:»

«*Susi* = ¡Pepita!»

«*Pepita* = ¿Eh?»

«*Susi* = Soy yo, Susi, la Susi, tu amiga de la infancia, tu antigua compañera de colegio. Y aquí tienes a mi mamá.»

ta que son mujeres ricas que vienen de Bilbao en automóvil.)

FILO. ¡Pepita de mi alma! *(Besos y abrazos.)*

PEP. *(Dejándose abrazar asustada.)* ¡Susi! ¡La Susi aquí!

SUSI. Ya no me recordaba, ¿sabes? *(A Filo.)*

FILO. Claro. Como te dejó de ver hace diez años, cuando nos fuimos a vivir a Bilbao; entonces era esta una chiquilla, y ahora, mírala, una mujer hecha y derecha.

PEP. *(Contemplando a Susi escamada.)* Y tan derecha...

FILO. ¡Ay! ¡Déjame que me siente! Vengo cansadísima, vengo fatigadísima, vengo lo que se dice descacharrada...

SUSI. ¡Mamá, por Dios!

FILO. Descacharrada, hija. Estoy que me troncho.

SUSI. Claro que el viaje no es para menos.

FILO. ¡Figúrate! Hemos salido esta mañana de Bilbao en el «rol», y ahora mismo llegamos a Madrid. Claro, que hemos podido llegar antes, porque nuestro «rol» corre más que todos los «roles» que se fabrican. Porque es de los legítimos, no vayas a creerte. Se traga los «kilometros» como si fueran «centimetros». ¿Cómo se llamaba aquel tío tragón que comía tanto?

SUSI. Heliogábalo, mamá.

FILO. Pues nuestro «rol» es el Heliogábalo de los automóviles. Claro que, o tener un coche así, o no tener ninguno. Yo, cuando veo un fotingo, siento ganas de darle una limosna.

SUSI. No tanto.

FILO. Fíjate, Pepita, la importancia que puede tener un coche que se te desarregla en la carretera y basta que le pongas un tornillo para que siga andando. Buena diferencia de este nuestro, que se nos estropeó una vez y estuvo dos meses en reparaciones.

PEP. ¿Y eso es una ventaja?

FILO. Como que, en esto de los autos, pasa lo que con las enfermedades. Tu tienes el tifus y te pasas dos meses en la cama. Como que es una enfermedad importante. En cambio, una ronquera, como no es nada, se te pasa con unas «indagaciones».

PEP. ¿Con qué díces que se pasa una ronquera?
FILO. Con «indagaciones».
SUSI. *Inhalaciones, mamá.*
PEP. (Aparte.) *¡Que no venga Tonico hasta que éstas se vayan!*
SUSI. *Vaya con doña Pepita...*
FILO. *No la llames doña, que nos haces más viejas de lo que somos.*
SUSI. *Pues, por mí, suprimido el Doña. Y hasta el usted suprimo también desde este momento. ¿Te complace?*
PEP. *Sí, hija. Como si hubiéramos ido juntas al colegio. (Aparte.) ¡Qué niña más fresca!*
FILO. *A Pepita la pasa lo que a mí. Se perece por la confianza. Pepita y yo nos conocimos cuando tu padre se marchó a Bilbao y nos quedamos en Madrid tú y yo solas. No nos tratamos más que siete meses. Pues nos queremos como hermanas.*
SUSI. *¿Y también conociste a papá? (1)*
FILO. *No; como se fué a Bilbao. Allí hizo una fortuna durante la guerra.* Bueno, no tienes más que ver el *rol.* La misma Susi se ha pasado seis años en Norte América. ¡Seis años! Cómo se va el tiempo, ¿verdad, Pepita?
PEP. Ya lo creo. El tiempo se va que es un gusto. *(A parte.)* El tiempo se va y va a venir Tonico.
FILO. ¡Todo se va!
PEP. Todo se va menos tú.
SUSI. ¿Cómo?
PEP. Tú, que estás más joven cada día.

---

(1) Si la actriz encargada del papel de Pepita es joven, se suprimirá todo lo impreso en letra bastardilla, quedando el diálogo de la siguiente forma:
«SUSI. Inhalaciones, mamá.
PEP. *(Aparte.)* ¡Qué no venga Tonico hasta que estas se vayan!
SUSI. ¡Tengo una de cosas que contarte!
FILO. Figúrate que mi marido, a quien tú no conoces porque ya estaba en Bilbao cuando empezó nuestra amistad, hizo allí una fortuna durante la guerra. Bueno, no tienes más que ver el *rol.*» Etcétera, etc.

SUSI. Pues yo de Norte América he vuelto hecha otra mujer. Más libre, más amplia de ideas... *(Cruzándose las piernas.)* ¡Si supieras lo que hay que ver por ahí!

PEP. *(Mirándola las piernas.)* Y por aquí... por aquí también hay que ver... Hay que ver... *(Aparte.)* ¡Hay que ver qué fresca! ¡Santa Rita, si haces que Tonico se entretenga, te regalo dos velas!

SUSI. *(Sacando una pitillera. A Pepita.)* ¿Quieres?

PEP. ¿Son de chocolate?

SUSI. No, mujer, es tabaco. Ya veo que no fumas. Las mujeres educadas a la española sois un poco gazmonas, un poco ridículas...

PEP. ¿Cómo?

FILO. Es cierto. Aún estamos en la edad *prehistérica.*

SUSI. Prehistórica, mamá. *(A Pepita.)* Aquí, ni siquiera aprendemos a flirtear.

PEP. Y tú, ¿has aprendido el flirteo?

SUSI. Me encanta. ¡Yo coqueteo con mi sombra!

PEP. ¿De modo que?... *(Aparte.)* Santa Rita, ¿te he dicho dos velas? Pues cuenta con cinco, pero que no venga.

SUSI. Y esto del cigarrillo es socorridísimo para el flirt. Te da derecho a ofrecer uno, a fingir que no tienes cerillas, a pedir lumbre... Y, a todo esto, ¿y tu marido? Estoy deseando conocerle.

PEP. Te advierto que no fuma. Y turcos menos. A los turcos los odia.

SUSI. ¿Es abstemio?

PEP. Es cristiano.

SUSI. ¿Cómo?

PEP. Quiero decir que es un hombre muy serio, muy retraído... Le molesta la gente.

SUSI. Claro, así tienes esa cara de tristeza. Cuanto me complace haber llegado a tiempo para darte una noche de alegría. A todo esto, no te hemos dicho a lo que venimos.

PEP. A darme la noche.

SUSI. ¿Qué?

PEP. A darme la noche más alegre de mi vida.

SUSI. Pues, verás. El verano pasado me hizo el amor en Bilbao un muchacho de aquí. Papá no le conoce. Y como va a pedir mi mano, hemos decidido ve-

nir a espiarle sin que lo sepa para enterarnos de si es digno de presentársele a papá.

FILO. Hemos aprovechado un viaje de mi marido a Francia. Sus negocios le tienen en Francia la mitad de la vida.

PEP. *(Aparte.)* Si pudiese ir a poner la escoba boca arriba detrás de la puerta...

SUSI. Nos plantamos en la fonda donde vivíais. Allí hemos cenado y nos han dicho que habías tomado este hotel, y yo pensé: ¡Pues vamos a pasar estos días a casa de Pepita! *(Pepita, como herida por el rayo, cae en el sillón medio desvanecida.)* ¿Qué te pasa?

FIL. ¿Te pones mala?

PEP. No es nada... Un mareo... Pero el caso es que, aunque el hotel por fuera parece grande, es muy pequeño...

FIL. Nos arreglaremos en cualquier lado...

PEP. Es que..., como nos instalamos hoy, no hay nada preparado... Sólo nuestra cama...

SEG. *(Apareciendo por el foro izquierda.)* ¡Andá!...

PEP. ¿Qué ocurre?

SEG. Que me fuí por allí, *(La primera derecha.)* que me he perdío, y resulta que salgo por aquí... ¡Como la casa es tan enorme!...

PEP. Bueno..., ¿y a qué vienes?

SEG. A preguntarle a la señora que ande me acuesto, porque como he visto siete cuartos con la cama hecha...

PEP. ¿Ah, sí? *(A Susi.)* ¿Querréis creer que aún no he visto el hotel? *(Aparte.)* ¡A pie se va a ir ésta esta noche!

SEG. Yo me figuro que dormiré en alguna de abajo...

PEP. Claro que sí... *(Con rabia.)* Y abróchate esa blusa, y bájate esas mangas... ¡Que como eres de un pueblecito!...

SUSI. Pues no hay más que hablar. *(A Segunda.)* Baja a la calle y dile al «chófer» que se vaya al hotel, y a la Daría, que está dentro del coche, que coja las maletas y se acueste en una de las habitaciones de abajo.

PEP. ¿Y quién es la Daría?

SUSI. ¡Mi doncella! ¡Domonio! ¡Qué calor hace aquí! *(Se*

quita el abrigo, y va tan despechugada y con los brazos tan al aire como Segunda. Pepita la mira aterrada.)

PEP. *(Aparte.)* Pues no sé cuál está más robusta y más despechugada...

SUSI. *(A Segunda, que la mira asombroda.)* ¿No has oído?

SEG. Allá voy, señorita. *(Haciendo mutis por primera derecha.)* Ésta debe venir también de un pueblecito...

SUSI. Vaya, con tu permiso, voy a ver qué habitaciones hay por este lado. *(Hace mutis por la izquierda.)*

PEP. Haz lo que quieras. *(Aparte.)* Si digo que no, voy a sacar lo mismo.

FIL. ¡Has visto qué guapota está Susi! Y educada a la moderna. Es una defensora terrible del feudalismo.

PEP. ¿De qué es defensora?

FIL. De la emancipación de la mujer.

PEP. ¡Ah, sí! Del feminismo.

FIL. No hay hombre que no se vuelva loco por ella.

PEP. *(Aparte.)* ¡Pues estoy aviada!

SUSI. *(Saliendo por la izquierda.)* ¡Precioso! Aquí hay un gabinete con alcoba, que dá al jardín, lindísimo. Voy a sacar la ropa de dormir y a dejarla preparada. Mientras tanto, Pepita te acompañará para buscarte habitación.

FIL. Pues hasta mañana, hija, porque yo, en cuanto encuentre una cama, me acuesto. *(Coge su maletín y Susi el suyo.)*

SUSI. Hasta mañana, mamá. *(Mutis por la izquieeda.)*

PEP. *(Señalando a Filo la segunda derecha.)* Vayamos por aquí.

FIL. *(Haciendo mutis.)* Estoy descuajaringada. Parece que me falta algún tornillo.

PEP. ¡A ver si la pasa lo que al «rol», y la tengo dos meses en reparaciones! ¡Dios quiera que se parezca a los «fotingos»! *(Se va por la segunda derecha, detrás de doña* FILO, *a tiempo que por la primera de dicho término entra* SEGUNDA, *seguida de don* RIGOBERTO, *hombre de alguna edad, en el que todo es detonante y espectacular. Traje príncipe de Gales; chaleco de color; cuello de pajarita alto, y muy grande; enorme corbata de colores chillones, con un brillante gordo. En el chaleco, gruesa cadena de oro con colgan-*

te de desmesurado tamaño; guantes color crema, con espigas negras; botas con botines muy claros; bastón grueso; el pelo, teñido.)

SEG. Le digo a usted que el señor no está.

RIG. Pero ¿va a venir?

SEG. No sé... Pero si usted quiere que avise a la señora...

RIG. Prefiero esperar. Lo que me trae aquí no puedo contárselo a una mujer. ¿Tú sabes quién soy yo? Yo soy don Rigoberto...

SEG. Pues es usted muy simpático, don Rigoberto...

RIG. Todas me dicen lo mismo. *(Aparte.)* Y el caso es que esta chica está apetitosísima... ¡Qué piernas! ¡Qué brazos!... *(A ella.)* Y tú, ¿quién eres?

SEG. Yo soy la Segunda.

RIG. Pues estás de primera. Sabes que tienes más musculatura que yo... *(Tratando de pellizcarla.)*

SEG. No, señor. A mí no me pellizca usted.

RIG. Perdona, mujer... Trataba únicamente de...

SEG. Tengo yo las carnes demasiao apretás...

RIG. ¡Caray!

SEG. Le apuesto un real a que no me coge un pellizco.

RIG. ¡Demonio!

SEG. ¿Se lo apuesta usted o no se lo apuesta?

RIG. Encantadísimo, hija. *(Va a probar.)*

SEG. No. Antes deje usted el real encima de la mesa.

RIG. ¡Qué desconfiada! *(Lo hace.)*

SEG. Pues vamos a verlo. *(Pone el brazo. El trata de pellizcar; como no lo consigue, ella dá un salto y se apodera del dinero, gritando:)* ¡Ha perdío! ¿Se apuesta otro?

RIG. Otro y setenta.

SEG. Pues ponga usted el real.

RIG. Voy a poner una peseta, ¿sabes? Así tengo derecho a probar cuatro veces. *(Lo hace. Segunda cuenta los pellizcos.)*

SEG. Uno, dos, tres, cuatro... Cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez...

RIG. ¡Caramba! Se me cansan los dedos.

SEG. *(Cogiendo la peseta.)* Me debe usted seis reales.

RIG. ¿Yo? ¿De qué?

SEG. De que ha probao usted diez veces en lugar de cuatro.

RIG. Llevas la contabilidad mejor que un taxis.

SEG. Como una es de un pueblecito...

RIG. Pues si llegas a ser de una cabeza de partido te hacen recaudadora de contribuciones.

SEG. ¿Seguimos apostando?

RIG. No, que soy un hombre muy impresionable y me voy a olvidar de que lo que me trae poraquí es un asunto muy serio. Y, ahora que caigo: quién sabe si tú misma podrás sacarme del apuro en que estoy.

SEG. ¿Que está usted en un apuro? *(Aparte.)* ¿A que me pide la peseta?

RIG. Resulta que yo me puse en relaciones con una bailaora de flamenco a la que llaman Dolores «la Zurda». Cosas de la juventud, ¿sabes? Pues bien; un día la cogí con uno. Claro que, a ese uno, donde le encuentre le hago fosfatina. A ella la dejé. Pero como tiene una tía, que es toda una tía, y como me amenazaron con el escándalo, vendí el hotel y desaparecí. Porque, lo terrible es que yo he tenido un hijo con Dolores...

SEG. *(Muy asustada.)* ¿Usted?

RIG. Ellas, para armar el escándalo, necesitan pruebas, y las pruebas están en un mueble de ese cuarto. *(La izquierda.)* Son dos sobres con cartas y retratos que me olvidé de recoger. Me consta que esas mujeres, tienen el propósito de venir aquí para apoderarse de ellos. ¿Quieres tú ganarte veinte duros?

SEG. Ya lo creo. *(Poniendo el brazo para que pellizque.)*

RIG. Ahora no se trata de éso. Lo que quiero es que entres ahí y cojas los sobres sin que te vea nadie.

SEG. Sin que me vean es difícil, porque el ama debe andar por ahí con dos señoras que acaban de llegar.

RIG. ¿Por ahí y con dos señoras? ¡No me digas más! «¡La Zurda» y su tía! Que te diviertas, hija.

SEG. Pero, ¿se va usted sin llevarse los sobres?

RIG. Si esas mujeres no los cogen antes, yo te aseguro que esta noche estarán en mi poder, sea como sea.

SEG. La puerta es por ahí. *(Primera derecha.)*

RIG. Pero salgo antes por la del jardín. Y si quieres

acompañarme, en el jardín podemos seguir apostando.

SEG. Bueno. Pero me tié que dar el dinero por adelantao...

RIG. ¡Qué desconfiada!

SEG. ¡Como una es de un pueblecito!...

RIG. Pues parece de la caja de ahorros... *(Hacen mutis por el foro. Por segunda derecha entra* PEPITA.)

PEP. Ya está acostada la mamá.

SUSI. *(Saliendo por la izquierda.)* La pobre viene tan cansada... En fin, voy a leer un poco y a fumar el último pitillo. Vete a acostar, si quieres... *(Se sienta.)*

PEP. En seguida... *(Aparte.)* En seguida me marcho teniendo que venir el otro.

TON. *(Entrando por el foro.)* ¿He tardado?

PEP. *(Desolada.)* ¡Ya llegó!

SUSI. *(Levantándose.)* Caballero...

TON. Señora... *(Reconociéndola.)* Pero, ¿usted? ¿Es usted?

SUSI. ¿Tú? ¿Será posible?

PEP. ¿Qué? *(Sorprendida.)*

SUSI. *(Corriendo a él estrechando sv mano.)* ¡Tonico!

TON. ¡Susana!

PEP. ¡Ay, que se conocen!

SUSI. ¡Qué sorpresa! ¿No te ríes, Pepita? ¡Pues tiene mucha gracia!

PEP. ¡Ah, de modo que tiene mucha gracia? *(Casi llorando.)* ¿Y por qué tendrá esto mucha gracia?

SUSI. ¿Acaso eres parienta de Tonico?

PEP. Claro... Soy su parienta...

SUSI. ¡Pues es todavía más gracioso!

PEP. ¡Y dale con que esto es gracioso!

TON. *(A Pepita.)* Ya te explicaré...

SUSI. ¡Figúrate que Tonico y yo hemos sido novios!

PEP. *(Tartamudeando.)* ¿Qué habéis sido novios?

SUSI. En Nueva York. Fué compañero mío de fonda lo menos cuatro meses. ¡Y si vieras lo colado que estuvo por mí!

PEP. ¿De modo que... se coló?

TON. *(Aparte.)* ¡La que se está colando es ella!

SUSI. ¿De forma que parientes? ¿Y qué os tocáis?

PEP. Lo que nos da la gana. Para eso es mi marido.

SUSI. ¿Tu marido? ¡Graciosísimo! ¡Graciosísimo!

PEP. ¿Que es gracioso que sea mi marido?

SUSI. *(Viendo que Tonico fuma.)* ¿Ah, pero fumas? *(A Pepita.)* Pues no decías que... *(Sacando ella un cigarro.)*

PEP. Sí... Fuma... Fuma, pero de los suyos. *(Aparte.)* Ahora sólo falta que diga ella que no tiene cerillas.

SUSI. *(Después de abrir su cerillera.)* ¡Ay, se me acabaron!

PEP. *(Aparte.)* ¡Y ya lo ha dicho!

SUSI. ¿Quieres darme lumbre?

TON. No faltaba más. *(Fuma para aumentar la lumbre.)*

PEP. *(Aparte.)* ¡Ea! ¡Se acabó el flirteo! *(Le quita a Tonico el cigarro de la boca, lo tira y lo pisa.)* ¿No sabes que el médico te ha prohibido fumar?

TON. ¿A mí?

PEP. *(Aparte.)* ¡Como lo niegues te araño! *(Alto.)* ¿Y no sabes que ha dicho que debes acostarte antes de las once?

TON. ¿Que yo...?

PEP. Como discutas, la araño a ella. *(Aparte a Tonico.)*

SUSI. ¿Pero estás malo?

TON. Eso dicen... Yo no me noto nada... Pero eso dicen.

SUSI. Pues lo primero la salud. Conque, bien hallados y recibid mi enhorabuena. Adiós, Tonico. Adiós, querida...

PEP. Adiós, preciosa... *(Mientras la otra hace mutis por la izquierda.)* Adiós, adiós, a... a... *(Susi cierra la puerta.)* ¡Así te mueras!

TON. ¡Pepita!

PEP. ¿Con que habéis sido novios? ¿Con que has estado colado por ella?

TON. Entonces no te conocía.

PEP. ¿De modo que te pide lumbre y tú se la das?

TON. ¿Y qué importancia tiene eso?

PEP. ¿Que no tiene importancia? Pues, mañana, al primero que llegue le pediré un cigarro y después lumbre.

TON. ¡Te guardarás muy mucho!

PEP. Vamos, no te gusta que flirtee yo...

TON. No me gusta que fumes. ¿Es que cuando se pide lumbre se flirtea?

PEP. Demasiado lo sabes. *(Cogiendo el retrato que sacó en su primera escena y mirándolo.)* ¡Granuja! ¡Canalla!

TON. ¿A quién le dices eso?

PEP. A tu retrato.

TON. ¿Y me llamas canalla?

PEP. ¡Y pérfido! ¡Y mosca muerta! ¡Y becerro!

TON. ¿Becerro también? Pues podías buscar otro rumiante. *(Pepita se quita una horquilla y pincha el retrato nerviosa.)* ¿Pero, estás picando mi retrato?

PEP. ¡Ya lo ves! ¡Te llamo becerro y encima te pico!

TON. Pero, mujer...

PEP. ¡Yo creí que me había casado con un hombre serio y me resultas el café de un tupi!

TON. ¿Por qué me dices eso?

PEP. ¡Por la de veces que te cuelas!

TON. ¡Me voy al jardín por no escucharte! ¡Eres inaguantable! ¡Inaguantable! *(Hace mutis por el foro.)*

PEP. ¿Al jardín? ¡Claro! ¡A esperar que me dé sueño y me vaya a la cama para poder hablar a solas con la Susi! ¡Pues se equivoca! *(Va a la puerta de la izquierda, echa la llave y se la guarda.)* ¡Ajajá! No me bastaba la Segunda y se presenta Susi. Ahora que la Segunda, se va mañana mismo. *(Gritando.)* ¡Segunda! ¡Segunda! Ya tengo bastante con vigilar a Susi. No quiero en mi casa más mujeres con la falda corta y la pechuga descubierta. *(Entra por la izquierda* DARÍA *tan ligera de ropa como las otras.)*

DAR. ¿Llama usted a la Segunda?

PEP. ¿Pero quién es ésta más despechugada que las otras?

DAR. Soy la Daría. La doncella de la señorita Susi.

PEP. ¿De modo que la Daría? ¿La Daría? *(Aparte.)* ¡La daría dos patadas!

DAR. La Segunda debe estar en el jardín.

PEP. ¿En el jardín? ¡Ay. Dios mío! *(Entra* SEGUNDA *por el foro. Trae el brazo derecho encarnadísimo, en forma que pueda ser bien visto por el público.)* ¿De dónde vienes?

SEG. Estaba en el jardín con un señor.

PEP. ¡No puede ser otro que Tonico!

SEG. Y ha querío pellizcarme. Y hemos apostao...

PEP. ¿Qué habéis apostado?

SEG. A real por pellizco.

PEP. *(Viéndola el brazo.)* Pero, ¿esto qué es?

SEG. ¡Que le he ganao dieciocho pesetas! *(Mostrándolas.)*

PEP. Pues yo te las apuesto todas a un solo pellizco.

SEG. Perderá la señora, pero bueno. *(Pone el brazo. Pepita le coge tal pellizco que la otra grita:)* ¡Ay, Ay!

PEP. ¡Vengan las dieciocho pesetas! ¡Y mañana, en cuanto te levantes, me las traes de árnica! ¡Estaría bueno que mi casa se convirtiese en la taberna de tu pueblecito!...

TELON

ACTO SEGUNDO

Un gabinete. Al foro, un balcón, con sus cristaleras cerradas; a través de dichos cristales entra la luz de la luna, única que alumbra la escena. A la izquierda, una puerta abierta y con una cortina corrida. A la derecha, otra puerta cerrada, hasta que el diálogo indique lo contrario. A uno de los lados de la ventana, un secretaire. *Al otro, un biombo con unos chinos pintados; cerca de la puerta derecha, la llave de la luz eléctrica. Una* chaiselongue *en primer término, cubierta por una piel o por un mantón antiguo. Una mesa pequeña.*

(Un reloj lejano hace sonar las once. En la ventana se recorta la figura de un hombre. Chirría un cristal, como cortado por un diamante; la mano del ladrón lo retira cuidadosamente, lo saca hacia el jardín, y se oye el ruido del cristal que se rompe. El ladrón pasa luego la mano por el hueco que el cristal dejó libre, y levanta la falleba; el balcón queda abierto: el intruso penetra en el gabinete. Viste un mono de los que usan los mecánicos; lleva una gorra encasquetada hasta los ojos; un pañuelo, atado a la nuca, le cubre la cara desde la parte superior de la nariz hasta el cuello. Al entrar enciende una linterna de bolsillo. Escucha. Se dirige de puntillas al secretaire *y abre un cajón. Saca algo: son alhajas. Las tira sobre el* secretaire *despreciativamente. Abre otro cajón. Nada. Otro; lo mismo. Se detiene como si oyera ruido. Va hacia el balcón y mira al exterior. Asustado apaga la linterna y se queda junto al balcón, completamente pegado al muro. En el balcón aparece* TONICO, *vestido como al finalizar el acto primero. Salta dentro de la habitación. Con los brazos extendidos avanza en busca de la luz. El otro le deja paso, y, aprovechando el momento en que Tonico se aleja de espaldas a él, salta por el balcón y desaparece. Tanto en la aparición de Tonico y del ladrón, como en la desaparición de este último,*

debe tenerse en cuenta que suben y bajan por una escalera de mano que se supone bajo el balcón. El ladrón no es otro que don Rigoberto, disfrazado.)

TON. Suerte ha sido que el disgusto con Pepita me obligase a pasear por el jardín Así he podido ver de lejos cómo el ladrón cogía la escalera del jardinero, la apoyaba en la fachada, y subía por ella. Ha sido mejor no asustarle, porque aquí dentro no hay medio de que se me escape. *(Sigue avanzando a tientas. Tropieza con un mueble, y hace ruido. Pausa corta, y aparece en la izquierda* SUSANA; *viste un elegante pijama y calza chinelas.)*

SUSI. ¿Qué ruido será ese? ¡Habrá ladrones! Si encontrase la puerta!...

TON. ¡Oigo pasos! ¡Como yo le cace!... *(Vuelve hacia Susi.)*

SUSI. *(Avanzando a su vez.)* ¡Andan por el gabinete¡ ¡Vienen hacia mí! *(Llega a la* chaiselongue, *levanta la piel o mantón que la cubre, y se tapa con ello.)* ¡Ay, Dios mío! ¡Qué miedo!

TON. *(Tropezando al avanzar con un sillón, donde está el maletín de Susi.)* ¡Ya di con él! ¡Arriba los brazos! Pues no di con él, porque esto es un sillón... En seguida iba a subir los brazos... Y aquí hay un bulto... ¡Bah! Es una maleta *(Llega a la* chaiselongue *y pone las manos sobre ella.)* Aquí hay otro bulto. ¿Será otra maleta? *(Pasando la mano sobre piel.)* No... Parece una mujer... *(Pasando nuevamente la mano.)* ¡Pues no es maleta! *(Al llegar a los pies, que es lo único de Susi que sobresale, se detiene.)* ¡Domonio, si lleva pantalones! ¡Y qué anchos son! (1) Se trata del ladrón, no cabe duda. ¡Así! ¡Le cojo de un pie, y ya no se me va!

SUSI. *(Se levanta, dejando una zapatilla en manos de Tonieo.)* ¡Me ha quitado una zapatilla! ¿Para qué la querrá?

TON. ¡Arrea! Esto, ¿qué es? ¡Una chinela!... ¡Qué raro, un ladrón en Madrid con chinelas y pantalón

---

(1) *Si la actriz lleva el pijama de última moda y el pantalón va ceñido a la pierna, se dirá:* ¡Y qué estrechos son!

chanchullo...! (2) Como yo le coja... *(Tropieza con Susi y la sujeta.)* ¡Le cogí!

SUSI. ¡Dios mío! ¡Suélteme! ¡Suélteme!

TON. ¡Una mujer! *(La suelta.)*

SUSI. *(Llegando a la derecha.)* ¡Ah! ¡La llave de la luz! ¡Gracias a Dios!

TON. *(Al hacerse luz.)* ¡Susana!

SUSI. ¡Tonico!

TON. ¿Qué haces aquí?

SUSI. Eso mismo te pregunto yo. Supongo que me darás explicaciones, que me darás excusas, que me darás la zapatilla...

TON. Toma. Y ahora, escúchame y todo lo comprenderás.

SUS. Lo comprendo todo y las aclaraciones son inútiles. No creo que tu presencia en mi dormitorio sea tan difícil de comprender.

TON. ¿Qué quieres decir?

SUS. Que, cuando fuimos novios, estabas coladísimo por mí; que, al verte dispuesto a las mayores locuras, rompí contigo para que aquellas locuras no salpicasen mi decoro; que, como entonces no lograste tus propósitos, hoy te aprovechas de la hospitalidad que tu mujer me ha dado y penetras por ese balcón lo mismo que un ratero, olvidando tu condición de caballero y convirtiéndote en el más vil de los rufianes.

TON. Tienes más fantasía que un traje de *soiré.*

SUS. Ten, al menos, el valor de tus actos. Confiesa que el amor que me tuviste y que suponías muerto, no estaba muerto sino dormido; confiesa, que, al verme de nuevo, el amor aquel ha despertado y, empujado por él, saltaste por ese balcón a mendigar una limosna de cariño, quien sabe si dispuesto a emplear la violencia, acaso decidido a cometer el crimen...

TON. Déjate de escenas calderonianas y escúchame.

SUS. ¿Escucharte? ¿Para qué? ¿Qué vas a decir? ¿Qué torpes disculpas puedes encontrar? ¡Cuánto debes

---

(2) *En caso de que el pantalón del pijama sea ceñido a la pierna, en lugar de* pantalón chanchullo, *se dirá* pantalón de montar.

sufrir, obsesionado por ese amor irrealizable! ¡Te compadezco y te perdono!

TON. ¡Habla más bajo, por lo que más quieras!

SUS. No tengas miedo de que llame. ¡No llamaré!

TON. ¿Cómo?

SUS. Me basto yo sola para defenderme. Yo nunca tuve miedo a nada. Cuatro foragidos asaltaron mi casa de Nueva York y a los cuatro les hice frente y les hice huir.

TON. Pero, ¡por Santa Rita que es la abogada de los imposibles!

SUS. ¡Avanza un paso más y te saco los ojos!

TON. ¡Pero por Santa Lucía que es la abogada de vista!

SUS. Y te dejaré grabadas las cinco llemas de mis dedos.

TON. Pero, ¡por San Leandro, que es el abogado de las llemas!

SUS. Habla lo que quieras, pero a distancia. No hagas que se moleste el juez de guardia levantando un cadáver en esta habitación. *(Al decir esto saca un revólver y apunta a Tonico.)*

TON. Susana guarda eso que me estás haciendo sudar la gota gorda.

SUS. Pues, como avances un paso más, te dejo seco.

TON. Te suplico que pongas el secante hacia otro lado.

SUS. *(Ocultando el revólver.)* Está bien. Habla.

TON. Pues, oye. El cariño que dices te tuve, no está muerto.

SUS. Ya te lo dije yo. Está dormido.

TON. ¡Está panteonado! A mí no me ha traído aquí ningún amor. Yo no estuve, jamás, colado por tí.

SUS. ¡Esa es una grosería incalificable!

TON. ¿Qué?

SUS. ¡A una mujer no deben decírsele esas impertinencias!

TON. ¿Cómo?

SUS. Tu entrada aquí, traído por el amor, tenía disculpa. Lo imperdonable es ese mentís con el que vienes a decirme: «Estás equivocada. No te mereces tanto...» ¡En mi vida he visto grosería mayor!

TON. ¿Suponías que yo me había colado por tí? Pues la que se ha colado eres tú.

SUS. ¿Qué quieres decir?

TON. ¡Que se te ha visto el plumero!

SUS. ¡Encima chulerías! ¡Imperdonable! ¡Oh! ¡Imperdonable! Como se conoce que eres español...

TON. ¿Por qué?

SUS. Por tu falta de galantería con las damas. ¿Tú sabes lo que hubiera hecho un yanki en tu lugar? Pues, aún suponiendo que fuese mentira lo que yo imaginé, después de besarme la mano con toda gentileza, hubiera murmurado: «Perdón, mis Susana; habéis comprendido mis torpes intenciones; sois tan inteligente como bella.» Así me habría evitado este triste ridículo en que tú me has puesto ante la gente.

TON. Nadie lo ha escuchado.

SUSI. ¿Y yo? ¿Es que yo no soy nadie? Pero, veamos: entonces, ¿por qué te encuentras en mi dormitorio?

TON. Porque aquí ha entrado un ladrón.

SUSI. Aquí no ha entrado nadie más que tú.

TON. Yo detrás del ladrón, que seguramente nos está escuchando escondido en tu alcoba.

SUSI. ¡Qué vergüenza! ¡Tener un testigo del ridículo en que me ha puesto este mal educado!

TON. ¡Susana!

SUSI. ¿Qué pensará de mí ese señor?

TON. ¿Qué señor?

SUSI. El ladrón. Pero no. Ese es un infundio que has inventado para justificarte.

TON. ¡Ah, sí! Pues ahí te quedas con el ladrón.

SUSI. ¡Ay, Tonico! ¡No me dejes sola, por tu madre!

TON. Te advierrto que no se trata más que de uno. Y si en Nueva York hiciste huir a cuatro...

SUSI. Ya te he dicho que los yankis son muy distintos de los españoles... Son más caballeros... Más educados...

TON. Pues, mira: que te defienda un yanki.

SUSI. ¡No, Tonico! Quise decir que... que... ¿Pero es que te has propuesto ponerme en ridículo cada cinco minutos?

TON. Bueno; basta. Registraremos.

SUSI. Registra tú. Yo me quedo aquí por si viene otro

TON. Pues dame el revólver.

SUSI. Y si te acomete por la espalda, ¿con qué te defiendo?

TON. Sea. *(Hace mutis por la izquierda.)*

SUSI. ¡Qué lástima! ¡Tan bonito como resultaba que hubiese entrado en un momento de locura amorosa! ¡Qué escena más sublime! Pero ha sido por causa de un ladrón..., ¡qué cosa más vulgar!

TON. *(Saliendo.)* No hay nadie. Sin duda, mientras yo avanzaba él se marchó otra vez por el balcón.

SUSI. *(Indignada de nuevo.)* ¿Lo ves?

TON. *(Dando un salso.)* ¿Dónde?

SUSI. ¡Digo que lo estoy viendo!

TON. Y yo digo que ¿dónde?

SUSI. ¡Que lo estoy viendo claro! ¡Que no hubo tal ladrón! ¡Que era verdad lo que yo imaginaba!

TON. ¿A que se sale con la suya?

SUSI. Vete, Tonico. ¡Te compadezco y te perdono!

TON. ¡Te juro que...!

SUSI. Ni una palabra... Comprendo tu sufrimiento... ¡El amor dignifica las más bajas pasiones...! ¡Vete!

TON. Bueno; como te dé la gana. *(Llega a la puerta de la derecha y trata de abrirla.)* ¿Cómo? ¡Han echado la llave!

SUSI. Habrá sido fuera, porque yo...

TON. No te apures. Me marcharé por la misma escalepor donde subimos el ladrón y yo. *(Llega al balcón.)* ¿Qué?

SUSI. Pero, ¿qué pasa?

TON. ¡Que el ladrón, al irse, ha retirado la escalera!

SUSI. Pues tírate.

TON. Imposible. Es una altura un poco respetable.

SUSI. Llamaremos para que te abran.

TON. ¿Y como le explico a mi mujer?...

SUSI. Le cuentas, como a mí, el cuento del ladrón, a ver si ella te cree. Y hasta puedes decirle que te encontraste con ocho, o con veinte, o con cuarenta...

TON. ¿Pero cómo quieres que a la edad de mi mujer me ponga a contarle el cuento de los cuarenta ladrones? ¡Ah! ¡Ya está! Voy a coger las sábanas, a atarlas entre sí haciendo nudos, y de esta forma podré deslizarme hasta el jardín.

SUSI. Para que acabes antes, yo te ayudaré.

TON. *(Haciendo mutis por la izquierda.)* Pues andando.

SUSI. *(Haciendo mutis detrás de él.)* ¡Qué osado es el amor! Si cada soldado alemán hubiera tenido en París la mujer amada, ¡cómo habría variado la batalla del Marne! *(Al desparecer Susi por la izquierda se oye en la derecha el ruido de una llave. Se abre la puerta y entra* PEPITA.)

PEP. Pues no parece que haya nadie. Pero que Tonico no estaba en el jardín, no cabe duda. Y cuando la escalera del jardinero se apoyaba contra este balcón, era para algo. Claro que, si ha subido alguien, no ha podido bajar, porque yo he tenido muy buen cuidado en quitar la escalera.

SUSI. *(Dentro.)* ¡Ajajá! *(Sale de espaldas a Pepita, arrastrando unas sábanas anudadas.)*

PEP. *(Aparte.)* ¿Cómo?

SUSI. Hay que tirar fuerte para apretar los nudos. *(Tira de las sábanas fuertemente y las sábanas se ponen en tensión como si alguien tirase de ellas desde dentro.)*

PEP. *(Aparte.)* ¿Qué estará haciendo? ¿Pensará ahorcarse? Pues, para eso, podía haberse quedado en la fonda.

SUSI. ¡Hay que tirar más fuerte!

PEP. *(Aparte.)* Esto es que antes de acostarse hace gimnasia. Será costumbre en Norteamérica.

SUSI. ¡Más fuerte aún!

PEP. *(Aparte.)* ¡Si es con mis sábanas! Pues podía haberse comprado unas poleas...

SUSI. ¡Más fuerte!

PEP. *(Aparte.)* Como siga una semanita aquí, voy a tener que reponer la ropa blanca.

SUSI. Basta. Así. *(Haciendo mutis por la izquierda. Llevándose las sábanas.)* La verdad es que la cosa tiene gracia.

PEP. Y encima le hace gracia. Pues yo no se la veo. Y hay que ver cómo está. Con un pijama. Bueno; enseguida dejo yo que mi Tonico la vea de esa forma. *(En este momento, Tonico, de espaldas a Pepita, sale por la izquierda arrastrando las sábanas. Pepita, asombrada, dice aparte:)* ¡Tonico!

TON. Ahora tiraré yo desde aquí. *(El mismo juego de antes.)* ¡Fuerte!

PEP. *(Aparte.)* ¿Se estarán preparando para un campeonato de tendido de cables?

SUSI. *(Dentro.)* ¡Más fuerte, hombre! Como si disputásemos una copa.

TON. ¡Eso! ¡A ver quién se la gana!

PEP. *(Aparte.)* ¡Los dos! ¡Se la van a ganar los dos!

TON. ¡No se te escape esa punta y me lleve un porrazo!

PEP. *(Aparte.)* ¡Que te llevas el porrazo es viejo!

TON. ¡Tira más fuerte! Como si se tratase de dos equipos de luchadores. *(En este momento sueltan las sábanas desde dentro y Tonico cae sentado en el suelo. Pepita se pone ante él.)*

PEP. ¡Has perdido la copa, campeón!

TON. *(Sin moverse del suelo.)* ¡Pepita!

SUSI. *(Dentro.)* ¿Te has caído?

PEP. ¡Se ha caído con todo el equipo!

SUSI. *(Saliendo.)* ¡Pepita!

PEP. Y tú te has caído con todo tu pijama. Y yo debo haberme caído de un nido, porque si no me lo explico. *(A Susi.)* ¿Me quieres decir qué significa esto?

SUSI. Que te lo diga tu marido.

TON. Verás, Pepita. Estando yo en el jardín, vi a un hombre que, subiendo por una escalera, se introducía aquí.

PEP. ¿Y dónde está ese hombre?

TON. Ha debido marcharse quitando la escalera...

PEP. ¿De modo que quitando la escalera?

TON. Que han abierto estos cajones, es indudable. *(Por el secretaire.)*

SUSI. ¿Me habrán robado las alhajas? No; están todas aquí.

PEP. ¿De forma que están todas? Pues mira, eso del ladrón, se lo cuentas a un guardia de la porra.

SUSI. Lo mismo he dicho yo.

PEP. Y tú no vengas a dártelas de inocente.

SUSI. ¡Pepita!

PEP. En primer lugar, la escalera la he quitado yo.

SUSI. ¡Qué graciosa! *(Riendo.)*

PEP. En segundo lugar, esto no tiene gracia. Y, en tercer lugar, el ladrón hubiese tenido que estar en el jardín cuando tú saliste, y, en el jardín, no hay

ningún sito donde poder esconderse sin que tú lc hubieses visto al segundo paseo.

TON. Podía estar subido en cualquier árbol.

PEP. ¿En cuál?

TON. En la higuera.

PEP. La que estaba en la higuera era yo.

SUSI. ¿Y qué hacías en la higuera?

PEP. ¡El ridículo!

TON. ¿Qué quieres decir?

PEP. ¡Que aquí no hay más ladrón que tú! ¡Qué eres un fresco!

SUSI. ¡Es un mal caballero!

PEP. ¿Cómo?

SUSI. ¡Y un rufián!

PEP. ¡Basta! ¡A mi marido no le insulta nadie

SUSI. Pues tú le acabas de insultar.

PEP. Para eso es mi marido. Pero a ti no creo que te toque nada.

SUSI. ¡Pepita!

PEP. Aunque, a lo mejor, sí que te toca.

TON. ¡Arrea!

SUSI. ¿Qué?

PEP. Las señas son mortales.

SUSI. ¡Mira lo que dices!

PEP. ¡Qué escena más preciosa! El jardín, la luna, un balcón, la escala hecha con sábanas... ¡Romeo y Julieta! No faltaba más que el canto de la alondra.

SUSI. ¿Qué?

PEP. Tú eres un Don Juan de guardarropía y tu una Doña Inés de malos hábitos...

SUSI. ¿Y tú, qué eres?

PEP. El comendador que llega con gente armada. Pero resulta que aquí no hay ni Guadalquivir, ni barca que os lleve hasta Sevilla...

TON. Pepita, no metas el remo.

PEP. No hay ni siquiera quinta. Bueno; no hay quinta, pero hay Segunda. Y de eso ya hablaremos luego.

SUSI. Pues yo te juro, como me llamo Susana...

PEP. ¡Susana! Si lo sabe tu tocaya la Casta, se confirma otra vez.

SUSI. Pues, lo quieras o no, yo me llamo Susana para serviros...

PEP. Será para servir a mi marido, porque lo que es a mí...

TON. ¡Ni a mí tampoco!

PEP. ¡Basta! Mañana mismo me marcharé de esta casa. Ahí te dejo con esa cursi.

SUSI. ¿Cursi? ¿Yo, cursi?

PEP. ¡Con esa ridícula!

SUSI. ¡Me estás ofendiendo!

PEP. Hace media hora. (*A Tonico.*) De modo que ahí te quedas con ella, y con su madre, que no te arriendo la ganancia, y con la Daría, y con Heliogábalo...

TON. ¿Quién es Heliogábalo?

PEP. «El rol», la ruina en gasolina y reparaciones.

SUSI. ¡Ay, Dios mío! ¡No sé lo que me pasa! ¡Mis nervios se revelan! ¡Ay! (*Cae desmayada en brazos de Tonico.*)

TON. ¿Qué te parece?

PEP. Que se ha equivocado de acto Doña Inés.

TON. ¿Por qué?

PEP. Porque ya habíais representado la escena de la quinta, y ahora quiere representar la fuga del convento.

TON. Por Dios, Pepita, ayúdame a quitarme esta mujer de encima.

PEP. Que se quite de ella.

TON. Se ha privado.

PEP. El que no te privas eres tú. Pero, ¿cómo te atreves a continuar delante de mí con una mujer en los brazes? ¡Vamos! ¡Hay que ser lo prima que yo soy para tolerarlo!

FILO. (*Entrando por la derecha con un pijama muy extravagante, gorro de dormir y una vela encendida en la mano.*) Pero ¿qué pasa? ¿Eh? ¡Mi hija! ¿Qué le ocurre a mi hija?

TON. Que se ha desvanecido.

FILO. (*Dándole a Pepita la palmatoria.*) Toma. Haz el favor. ¿Qué es lo que ha pasado?

PEP. ¡Que su hija y mi marido se entienden!

FILO. ¿Que se entienden?

PEP. ¡Los he sorprendido yo!

TON. ¡Pepita!

FILO. ¡Ay! ¡No me lo digas! ¡A mi me va a dar algo!

TON. Pues procure ponerse cerquita del diván.

PEP. ¡Estaban juntos! ¡Encerrados en este dormitorio!

FILO. ¡Ay, cuando lo sepan en Bilbao! ¡Yo me pongo muy mala! ¡Ay! ¡Ay! *(Cae sobre el otro brazo de Tónico.)*

PEP. ¡Tú, delante de mí, con dos mujeres en los brazos ¡Lo dicho, soy una prima! *(Mirando la vela que sostiene.)* ¡Una prima alumbrada!

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración. Por la mañana. En escena SUSI, FILO *y* DARÍA. *Las dos primeras en pijama.*

SUSI. ¡Que no! Son las nueve de la mañana y no quiero permanecer en esta casa ni un momento más *(A Daría.)* Así es que te vas al hotel y le dices al chofer que venga a recogernos.

DAR. ¿Las señoras irán al hotel desde aquí?

FILO. A dejar las maletas solamente. Dedicaremos la mañana a espiar a tu novio. Es necesario saber si es muchacho formal. Tu padre no le conoce más que por las referencias que nosotras le dimos, y y yo quiero estar segura de que es digno de tí antes de presentársele. Hay que darse prisa porque, a lo mejor, tu padre se presenta en Bilbao, y al saber que estamos en Madrid, viene a buscarnos.

SUSI. No tendría nada de particblar, porque su última visita a París ya dura un mes.

DAR. Más de un mes, señorita. Un mes y cinco días hace que yo entré a servir a ustedes y no pude conocer al señor porque ya estaba de viaje.

FILO. Es verdad que tú no conoces a mi marido.

DAR. Me pasa lo que al novio de la señorita.

SUSI. Bueno; vete a avisar al chofer y pregunta en el hotel si hay algún telegrama a nuestro nombre. Dije al salir de Bilbao que si ocurría algo me avisasen allí

DAR. Lo mismo le encargué yo a mi novio.

FILO. ¿A tu novio?

DAR. Sí, señora; anoche iba a hablar mi novio con mi padre, y, como mi padre se opuso siempre anuestras relaciones, temo tener malas noticias.

SUSI. Pues ve a lo que se te ha mandado y que sean buenas las noticias que tengas.

DAR. Mil gracias, señorita. *(Mutis por la derecha.)*

FILO. ¿Y vamos a marcharnos sin despedirnos de Pepita?

SUSI. No creo que, después de lo de anoche, tengamos que guardarla consideraciones.

FILO. Llevas razón. Mira quo tomarte a tí por una mujer «adulterada».

SUSI. Adúltera, mamá.

FILO. Como si eso fuese posíble en una mujer que va a heredar dos millones y que tiene un «rol». Eso se queda para las pobres que, por pasear en un triste «fotingo», son capaces hasta de meterse en los «cabaretes» y en los «súperes tangos» y de hacerse mujeres de «mi mundo».

SUSI. ¿De tu mundo?

FILO. «De mi monde» que dicen los franceses. Cuantas hay que, solo por el afán de que las llamen señoritas, dejan el oficio y se meten en los coros de los teatros.

SUSI. ¿Y por eso las llaman señoritas?

FILO. Señoritas «en conjunto»; de modo que, en cuanto se queda una sola, se acabó el señorío.

SUSI. Mira que suponer Pepita que yo estaba de acuercon Tonico...

FILO. Como para darla un puñetazo en un ojo y echarla fuera la «rutina».

SUSI. ¡La retina, mamá! Es preciso que te fijes en lo que hablas. Te pones en ridículo (PEPITA *aparece en la derecha y queda escuchando. Las otras no la ven.)*

FILO. Pues yo me creo que hablo demasiado bien para haber sido cocinera del padre de tu padre.

SUSI. Bueno, mamá, cállate eso. Y vamos a vestirnos a tu habitación para marcharnos antes de que se levante Pepita. No quiero verla más. Yo he aprendido a boxear en Norte América y me molestaría mucho tener que darla un *directo* o un *hipercut* o un *crochet.*

PEP. *(Avanzando.)* Eso es lo que debías aprender tú, *crochet*, que no sabes ni cómo se coge una aguja.

FILO. ¡Pepita!

SUSI. ¿Qué quieres decir?

PEP. Que procures no entrenarte conmigo, porque si tú sabes tirar *directos* yo sé tirar retorcidos.

SUSI. ¿Retorcidos?

PEP. Vamos, que me agarro del pelo de una mujer y

hago así. *(Retorciendo la mano y como si tirase.)* Y me dan matrícula de honor en matemáticas.

SUSI. ¿En matemáticas, por qué?

PEP. Porque extraigo la raíces mejor que un catedrático.

SUSI. ¿De modo que sigues creyéndome cómplice de Tónico?

PEP. Cómplice, no; inductora, sí.

SUSI. ¿Inductora yo de que tratase de seducirme?

PEP. No fué él el que trató de seducirte a ti. Fuiste tú la que trató de seducirle a él.

SUSI. Te suplico que rectifiques.

PEP. ¿Qué hiciste tú apenas te hallaste ante Tonico? Ofrecerle un cigarro, pedirle lumbre, sentarte frente a él con los brazos desnudos hasta el hombro...

FILO. ¡Vaya una cosa!

PEP. ¿Y qué querías que mi marido pensase de tus brazos? ¿Qué pretendías que mirase al fijarse en tu escote? ¿La cruz que llevabas colgada sobre él? Pues no se fijó en la cruz. ¡Se fijó en el Calvario!

FILO. Pues pudo fijarse en la cruz porque te advierto que vale ocho mil reales.

PEP. Después cruzaste las piernas y se las enseñaste.

SUSI. Eso lo hacen todas las muchachas.

PEP. Por eso los hombres son hoy los seducidos y vosotras las seductoras. ¿Ha entrado aquí Tonico con los brazos al aire y el pecho al descubierto? ¿Se ha remangado los pantalones para que le vieses bien las piernas?

FILO. ¿Como quieres que tu marido fuese tan desvergonzado?

PEP. Es verdad. Mi marido, como todos los hombres, aún tiene la suficiente vergüenza para no enseñar en público sus desnudeces. Eso se queda para las niñas *bien*.

SUSI. ¡Pepita!

PEP. ¡Las atrevidas sois vosotras, las frescas sois vosotras!

FILO. ¿Mi hija fresca?

SUSI. ¿Fresca yo?

PEP. Como que vas al polo y las focas se tienen que poner un *petigris*.

SUSI. Cuando te atreves a pensar que yo he tratado de seducir a Tonico es que, seguramente, tu acudiste a esos medios para atraparle y por eso te escamas ahora.

FILO. Claro; sólo puede pensar así quien ha sido cocinero antes que fraile.

PEP. ¡Aquí no hay más cocinera que tú!

FILO. ¿Cocinera yo? ¿Por qué lo dices? ¿Por la forma en que hablo? Pues te advierto que yo soy una mujer de principios.

PEP. De principios, de sopas y de cocidos. Ya lo sé.

SUSI. Pero, ¿qué dices?

PEP. La verdad desnuda. Casi tan desnuda como tú en traje de calle. Porque, en casa, para ir más decorosa, te vistes de hombre.

SUS. Esto es un pijama.

PEP. Ya lo sé. Y a tí no te sienta mal del todo, pero a tu madre, hay que verla. Es la sota de oro. ¿Duermes con él puesto?

FILO. Claro que sí.

PEP. ¿Y qué te dice tu marido?

FILO. Le parece muy bien.

PEP. Es muy capaz. Y hasta puede ser que duerma él con camisón. *(Entra* TONICO *por la derecha.)*

TON. ¿Pero, qué ocurre?

SUS. Que tu mujer nos está faltando.

TON. Me lo temía.

PEP. Yo las estoy faltando a ellas y ellas a mí me están sobrando.

SUS. ¿Qué quieres decir?

PEP. Que hace un día muy hermoso, que debéis enviar por vuestro rol y daros en él un paseíto...

TON. Pero, ¿qué haces, Pepita?

PEP. Mandarlas a paseo, ya lo vés. Y, para que se convenza la gente del peso que aguanta el automóvil, podéis poner en él vuestros baules.

SUS. Eso es que nos echas...

PEP. A buen entendedor con poca gasolina basta.

TON. Pepita, eres injusta.

SUS. ¡Vámonos, mamá! Daría me llevará mi ropa a tu habitación.

FILO. ¡Sí, vámonos de esta casa de donde nos echan!

SUS. ¡Horrible! ¡Horrible! *(Hacen mutis las dos por la derecha.)*

PEP. ¡Ay! ¡Qué tranquila se queda una después de desahogarse a gusto!

TON. Has hecho mal. Susana es tan inocente como yo.

PEP. Puedes evitarte explicaciones porque no las creo.

TON. Los celos te ciegan.

PEP. Y te advierto que, desde ahora, tendremos habitaciones distintas. Desde anoche has dejado de ser el dueño de esta casa y serás considerado como mi huésped. Esto, naturalmente, mientras entablo yo el divorcio.

TON. ¿El divorcio? ¡Pepita que te juro por las once mil y pico de vírgenes que estás obcecada!

PEP. Tendrías que demostrármelo.

TON. Y, si te lo demostrase. ¿Se arreglaría todo?

PEP. Se arreglaría lo del ladrón porque, enseguida empezaríamos a hablar de lo de Segunda.

TON. Pero, ¿quién es Segunda?

PEP. Mira, no te hagas el tonto porque, esa muchacha, tiene hoy el brazo con capelo...

TON. ¿Quién es esa velluda?

PEP. No, si lo del capelo no es por el vello. Es que la has hecho un cardenal que el de Cisneros a su lado, es un cura de aldea. Y, sobre todo, que hasta que no encuentras a ese ladrón y me lo traigas, no cuentes con que tú y yo nos arreglemos.

TON. ¿Que yo busque al ladrón? ¿Pero, tú me has tomado a mí por Sherloc-Holmes?

PEP. ¿Y tú me has tomado por la tronera de una mesa de billar, que se traga todas las bolas que las echan? Pues yo no soy ninguna tronera.

TON. Claro que no.

PEP. Aquí no hay más tronera que tú.

TON. Está bien. Adiós.

PEP. ¿Dónde vas?

TON. A la comisaría, al juzgado, a la cárcel; a buscar al ladrón.

PEP. ¿Pero tú crees que lo vas a traer?

TON. ¡Yo te lo traigo aunque sea uno de los siete niños de Ecija! *(Hace mutis por la derecha.)*

PEP. A mí no me traigas niños de nadie, que luego hay que molestar a mucha gente para que concedan el

indulto. *(Esto lo dice desde la puerta. Después vuelve al centro de la escena. Viendo el revólver de Susi que aún permanece tirado en el suelo.)* ¡Demonio! ¡Un revólver! *(Cogiéndolo.)* Algún otro olvido del antiguo dueño del hotel. Lo guardaré para ponerlo con los retratos y las cartas. *(Se lo guarda. Entra por la derecha* DARIA; *viene llorando y con un telegrama en la mano.)* ¿Dónde vas tú?

DAR. Por la ropa de la señorita Susi.

PEP. Pero ¿qué te ocurre?

DAR. ¿Qué quiere usted que me ocurra? Lo de siempre.

PEP. ¡Ay, Dios mío! ¿A que te has tropezado con mi marido y ha querido apostar como con Segunda?

DAR. No, señora. A mí no hay quién me pellizque sin que yo le cruce la cara. Y a su marido no le he visto ni una sola vez desde que he llegado.

PEP. Pues entonces, ¿qué es lo que te pasa?

DAR. Que he ido al hotel y me han dado este telegrama de mi novio. *(Se lo da a Pepita.)*

PEP. *(Leyendo.)* «Pedí tu mano en tu casa. Tu padre diome con el pie allí mismo. Opondrase relaciones mientras yo no tenga dos mil pesetas para negocio. Tu padre es... Dice el telegrafista que tengo que tachar lo que es tu padre. Tuyo, Heliodoro». Recoge en seguida las cosas de tu señorita y vete pronto para abajo. No venga el señorito por aquí y tengamos otra como la de Segunda.

DAR. Ya la he dicho a usted que no conozco al señorito.

PEP. Pues hija, es raro, porque en esta casa no entra más hombre que él. *(Haciendo mutis por la derecha.)* ¿Qué será el padre de ésta que no puede decirse por telégrafo? *(Mutis.)*

DAR. ¡Qué desgracia la mía! Si yo tuviese el dinero para prestárselo a mi novio... *(Coge el maletín y empieza a meter en él las cosas de Susi que hay sobre una mesa: un espejo, peines, cepillos, algún frasco...)* Pero ¿de dónde voy a sacar yo dos mil pesetas? Vaya, ya está. No creo que me deje nada. *(Cierra el maletín.)* Ahora, la ropa. *(Mirando a todos lados.)* ¿Dónde la habrá dejado? ¡Ah, estará en la alcoba. *(Hace mutis por la izquierda. Cuando ha desaparecido, asoma por la derecha* RIGOBERTO.)

RIG. ¿Se puede? ¿Se puede? *(Entrando.)* Tampoco hay

nadie aquí. La puerta del jardín, abierta; el vestíbulo, solo... ¡Qué descuido! Si yo pudiese aprovecharme de ello para buscar las cartas y los retratos... Así me evitaría la vergüenza de tener que pedirlos, si no se los han llevado ya Agapita y Dolores. Y no hay duda que los dejé en este mueble... *(En el momento en que va a registrar, sale* DARÍA *por la derecha con alguna ropa de mujer al brazo.)*

DAR. Aquí está todo. *(Viendo a Rigoberto.)* ¿Eh?

RIG. ¡Caray, otra muchacha!

DAR. *(Aparte.)* Sin duda es el señorito. *(Alto.)* Buenos días, señor.

RIG. Buenos días. *(Aparte.)* Pues si la de anoche era jamón serrano, ésta es jamón de York. ¿Con qué las criarán en esta casa?

DAR, Parece que al señor le gusta pasear muy de mañana. Así está de saludable y de joven.

RIG. *(Aparte.)* Otra que me piropea. *(Alto.)* ¿Tú sabes quién soy yo?

DAR. Me lo figuro.

RIG. *(Aparte.)* Voy a ir preparando dieciocho pesetas, porque esto es que ha hablado con su compañera.

DAR. El señor es el dueño de esta casa.

RIG. Lo fuí hasta hace poco tiempo, pero ahora no lo soy. Ya he perdido en ella toda mi autoridad.

DAR. Claro... Después de lo de anoche...

RIG. ¿Lo de anoche?

DAR. Si; no se haga usted de nuevas. Lo sé todo. ¡Mire usted que atreverse a entrar por ese balcón!...

RIG. ¿Que yo entré por ese balcón?

DAR. Pero ¿va usted a negarlo?

RIG. Y tú, ¿cómo sabes que era yo?

DAR. ¡Pues si aquí lo sabe ya hasta el gato! Usted vino, porque aquí había algo que le interesaba mucho...

RIG. Ni que fueras adivinadora. Porque es verdad que yo entré, con la gorra y el «mono» de un mecánico. Sabía que hay otra persona interesada en lo mismo y quise evitar que, durante la noche, me ganasen la partida... Porque, como yo había cometido la torpeza de enamorarme...

DAR. Y fueron ustedes novios. Ya lo sé.

RIG. Tú eres hechicera.

DAR. Le suplico que no me piropee.

RIG. Quiero decir que eres una bruja.

DAR. ¿Que yo soy una bruja?

RIG. Vamos, que no ignoras nada. *(Aparte.)* No cabe duda que Dolores ha pasado por aquí.

DAR. Ella me lo ha contado todo.

RIG. Lo suponía. Pero lo que seguramente no te ha contado es que tiene un hijo que asegura que es mío.

DAR. *(Asombrada.)* ¡Que ella tiene un hijo!...

RIG. Un niño, al que le llaman Pito.

DAR. ¿Pito?

RIG. Agapito, pero le dicen Pito, cariñosamente.

DAR. *(Aparte.)* ¡La de cosas que estoy averiguando!

RIG. Pero a mí me consta que ese niño no es mío.

DAR. ¿No?

RIG. Es de otro que tuvo antes que yo.

DAR. ¿Que antes tuvo otro?

RIG. Y después otro.

DAR. ¿Después también?

RIG. Un jovenzuelo con el que la cogí y a quien estoy buscando para partirle la cabeza...

DAR. ¡Vaya un lío! Y decía la madre que eran tan honradas.

RIG. No; si la vieja no es madre de ella.

DAR. ¿Pues quién es?

RIG. Su tía.

DAR. ¿Otro lío? *(Aparte.)* Pero, ¿a qué gente estoy sirviendo yo? *(Rigoberto se dirige a la puerta para ver si viene alguien Y Daría dice aparte, mientras tanto:)* Bueno, o yo soy tonta, o con este secreto del hijo y del otro y del otro, le saco yo a mi señorita las dos mil pesetas para mi novio.

RIG. *(Cogiéndola la mano con misterio.)* Escucha.

DAR. *(Aparte.)* ¿Qué más me irá a decir?

RIG. *(Avanzando hasta las candilejas con ella.)* Por una mujer...

DAR. ¿Va usted a cantar?

RIG. Por una mujer yo soy capaz de todo. Claro que, al hablar de las mujeres, no me refiero a tu compañera Segunda. Segunda no me gusta nada. Es muy bastota. A mí las que me vuelven loco son las mujeres como tú.

DAR. *(Aparte.)* Ya pareció aquello.

RIG. Y, dime: ¿tú eres también de un pueblecito?

DAR. No, señor. Nací en una capital del Norte. Soy vasca.

RIG. ¿Y tienes novio?

DAR. Sí, señor. Pero mi padre no nos deja que hablemos. *(Compungida.)* ¡Soy más desgraciada!...

RIG. Vamos, no te aflijas... Me enterneces... *(Echándola un brazo por los hombros. Aparte.)* ¡Está de primera! *(Alto.)* ¡Qué dura es la severidad de tu padre!

DAR. ¿Verdad que sí? ¿Verdad que es dura?

RIG. ¡Durísima!

DAR. Estoy llena de disgustos...

RIG. ¡Ya lo creo que estás llena!

DAR. Y usted comprenderá que, con tantos disgustos, ya tengo lo bastante...

RIG. Sí, hija, sí. No te hace falta más. *(Apretando.)*

DAR. *(Soltándose.)* ¡Estese quieto!

RIG. El caso es que no se te notan mucho los sufrimientos porque estás tan rolliza como Segunda.

DAR. No, tanto no.

RIG. Te puesto siete reales. A ver. *(La pellizca.)*

DAR. *(Dándole una bofetada.)* ¡Sinvergüenza!

RIG. ¡Caray! Ya se conoce que eres vasca. Tienes la mano más dura que el Chiquito de Elgoibar.

DAR. Ahora mismo se lo digo a la señorita. ¡Fresco! más que fresco! *(Hace mutis indignada por la derecha.)*

RIG. Pues ya puedo despedirme de las cartas y de los retratos, porque ésta arma el escándalo. *(Llega a la puerta de la derecha.)* ¡Arrea viene gente! Me esconderé en la alcoba, en tanto que se van. Pero, ¿y si registran? No me queda más remedio que meterme debajo de la cama. ¡Rigoberto, en qué líos te ves por culpa de las mujeres! ¡Tengo unas ganas de ser viejo a ver si se me pasa esta manía! *(Hace mutis por la izquierda. Por la derecha entra* TONICO, *se convence de que no hay nadie y dice:)*

TON. *(Dirigiéndose a la derecha.)* Pasa, Borrego. *(Entra* BORREGO.) Ha sido una suerte encontrarte. Me corría prisa verte.

BORR. Y a mí verte aquí.

TON. Di pronto lo que deseas. *(Dejando sobre la mesa un paquete que trae.)*

BORR. ¡Tonico, me voy a suicidar!

TON. ¿Otra vez?

BORR. Otra vez, no. La primera, porque yo no me he suicidado todavía.

TON. ¿Has recibido otra carta?

BORR. No.

TON. ¿Mandaste el dinero?

BORR. Tampoco.

TON. ¿Pues qué has hecho?

BORR. Perderlo en el casino en nuestra partida de pocker.

TON. ¡Borrego!

BORR. No sé de qué te extrañas, porque en aquel nego cio del carbón de encina que hiciste con mi padre ganaste mucho dinero y te lo dejaste en el poc ker. No me lo niegues porque me lo han dich Acuérdate que perteneces a mi misma partid Pero, en fin, ahora no es cosa de que hablemos d esto. He venido a despedirme de ti, porque m marcho al viaducto.

TON. Merecías que te dejase ir. Pero voy a salvarte pc segunda vez.

BORR. Tienes un corazón que, lo siembras, y nacen pa sionarias.

TON. Voy a darte otras cinco mil pesetas, pero cc condiciones.

BORR. Si necesitas un limpia barros no tienes más qu decirlo y me tiendo en tu puerta.

TON. Ya te he contado por el jardín lo que me ocurr Ahora, escucha: Borrego, yo necesito un ladró

BORR. Pues voy a la cárcel a que me presten uno.

TON. No hace falta. El ladrón eres tú.

BORR. ¡Me estás ofendiendo!

TON. Mi mujer no te conoce. Pues es preciso que yo sorprenda y te presente a ella como si fueses ladrón de veras.

BORR. Mira que el final de todo eso es una celda en Modelo.

TON. No hay cuidado. Una vez que ella te vea, yo perdono, te llevo a la puerta, te doy una pata y tú sales corriendo.

BORR. Salgo corriendo, pero que ahora mismo.

TON. Pues entonces, muere a manos del marido de Eva o aplástate contra la calle de Segovia.

BORR. ¿De modo que o paso por ladrón o paso por el Depósito.

TON. Elige.

BORR. Pero, ¿me pondrás en la puerta?

TON. Y te daré una patada.

BORR. Oye, procura que no sea muy fuerte. Y procura también que esto acabe pronto porque mi papá me ha puesto de encargado en su comercio y no puedo faltar.

TON. ¿De modo que aceptas?

BORR. Aquí tienes a Borrego dispuesto para el sacrificio.

TON. *(Abriendo el paquete que trajo.)* Muy bien. Vamos a disfrazarte.

BORR. ¿A disfrazarme? ¿Y de qué me vas a vestir? ¿De apache?

TON. No, hombre, no.

BORR. Pues te advierto que de Niño de Ecija no me visto, ¿eh?

TON. Trae ese sombrero. Ponte esta gorra. Ahora, el pañuelo. *(Uno que, tapándole la cara hasta los ojos, se lo ata a la nuca.)*

BORR. ¿Me vas a amordazar?

TON. Ahora métete en ese cuarto, y espera a que yo entre a por ti. *(Empujándole a la izquierda.)*

BORR. ¿Hay aquí algún espejo?

TON. A mano izquierda.

BORR. Pues procuraré mirar a la derecha, porque si me veo en el espejo, a lo mejor creo que soy otro, y me muero del susto.

TON. ¡Pronto! ¡Que vienen!

BORR. ¡Lo que iba a llorar mamá Rita si me viese! *(Hace mutis por la derecha. Tonico cierra la puerta, dice, mirando hacia la derecha:)*

TON. Es Pepita. A ver si la convenzo. *(Finge mirar por la cerradura de la puerta izquierda. Por la derecha entra Pepita.)*

PEP. ¿Dónde estará ese granuja? ¿Eh? ¡Mirando por la cerradura! ¡Esto es que se cree que Susi se está

vistiendo en ese cuarto! ¡Habrá cinismo! (*Llegando a él.*) ¡Tonico!

TON. ¡Chist! ¡Calla! ¿Sabes quién está ahí? ¡El ladrón!

PEP. ¿El ladrón?

TON. Sí; escucha... ¿No oyes ruido?

BORR. (*Dentro.*) ¡Socorro! ¡Que me matan! (*Pepita corre a la derecha.*)

TON. (*Aparte.*) Eso es que Borrego se ha visto en el espejo y se cree que hay otro.

RIG. (*Dentro.*) ¡Bandido!

PEP. ¡Dios mío!

TON. (*Aparte.*) ¡Pues ese no es Borrego!

BORR. (*Dentro.*) ¡Suélteme! ¡Suélteme!

RIG. (*Dentro.*) ¡Eso quisieras tú!

PEP. ¡Ay, Tonico! ¡Los ladrones son dos!

TON. Indudablemente. (*Aparte.*) Pero ¿quién será e[l] otro?

RIG. (*Que sale por la izquierda sujetando a Tonico por l[a] espalda.*) ¡Ladrón, más que ladrón!

PEP. / TON. ¿Eh?

RIG. Señora... Caballero... Este randa intentaba robar a ustedes. Menos mal que estaba yo aquí para im pedirlo.

TON. Y usted, ¿quién es y qué hacía en esa alcoba?

RIG. Si le digo que estaba esperando el tranvía, no m[e] lo va a creer. Pues por eso no se lo digo. Yo so[y] un transeunte pacífico que marchaba por la call[e] cuando vi a este hombre escalar sus ventanas. Subí detrás, y cuando trataba de descerrajar u[n] mueble...

BORR. ¡Oiga usted, que yo no trataba de descerraja[r] nada!

RIG. Luché, le desarmé, y aquí le tienen.

PEP. ¡Qué tío!

TON. (*Aparte.*) ¡Qué tío embustero!

BORR. ¡Está usted mintiendo descaradamente!

RIG. Eso me lo dice usted mirándome a la cara. (*P[o]niéndose frente a Borrego y quitándole el pañuel[o.]*) ¡Así!

BORR. ¡El marido de Eva!

RIG. ¡El jovenzuelo! ¡Lo mato!

TON. (*Interponiéndose.*) No, señor. Pero ¿quién es este hombre?
BORR. ¡El marido de Eva!
PEP. (*A Tonico.*) Ya lo oyes: Adán.
RIG. Tiene usted razón. No le mato. Las manos de un caballero no pueden mancharse con el contacto de un rufián. Sujételе mientras yo vuelvo.
PEP. ¿Dónde va usted?
RIG. A llamar a la policía. (*Hace mutis por la derecha.*)
BORR. (*Aparte a Tonico, que finge sujetarle.*) ¡Sálvame, por tu madre!
TON. (*Aparte a Borrego.*) Antes de que lleguen huirás por la otra puerta. (*Alto. Viendo que vuelve Pepita que salió un momento detrás de Rigoberto.*) ¡Confiesa que tú fuiste el que entraste anoche por ese balcón!
BORR. (*Aparte a Tonico.*) ¿Qué digo?
TON. ¡Di que sí! ¡Confiesa!
BORR. Digo que sí. Confieso.
TON. (*A Pepita.*) ¿Lo ves? (*A Borrego.*) ¡Vete, canalla! ¡Vete! ¡Te perdono!
PEP. ¿Que se vaya, después del disgusto que me ha dado? (*Sacando un revólver y apuntando a Borrego.*) ¡Como se mueva usted le pego un tiro! ¡Manos arriba!
BORR. (*Subiendo las manos.*) ¡Zambomba!
PEP. (*Yendo a la derecha y mirando.*) ¡Dios quiera que no tarden!
TON. (*Aparte a Borrego.*) ¡Estamos perdidos!
BORR. (*Lo mismo.*) Ya te dije que esto acabaría en la Modelo. Pero yo se lo explico todo a tu mujer. (*Bajando las manos.*)
TON. ¡Borrego!... (*Suplicante.*)
BORR. Escuche usted, señora...
PEP. ¡Como se mueva usted disparo! ¡Manos arriba!
BORR. Si es que quiero explicarla... (*Sube las manos.*)
PEP. Eso al juez, a mí no.
BORR. (*Bajando las manos.*) Pero si es que...
PEP. ¡Una palabra más y le abraso vivo! (*Borrego alza las manos.*) ¡Cuánto tardan! (*Vuelve al foro.*)
BORR. (*Aparte a Tonico.*) ¡A buena hora acepto si me dices que estabas casado con doña Juana de Arco!
PEP. (*Desde el foro.*) ¡Ya vienen a prenderle!

BORR. — *(Aparte.)* No hay salida. Me condenan al fuego.

TON. — ¿Al fuego?

BORR. — A ver. Si hablo me abrasan, y si no hablo me prenden. *(Por el foro entra seguido de los* POLICIAS *1.º y 2.º)*

RIG. — Aquí le tienen. Este es el hombre a quien yo he sorprendido robando.

POLI. 2.º — ¡Al fin le cogimos! *(Llega junto a él.)*

BORR. — ¿Cómo al fin? *(Es conducido al foro por el Policía 2.º)*

POLI. 1.º — *(Misteriosamente a Pepita, mientras Rigoberto se dirige a la izquierda.)* Escuche usted, señora.

RIG. — *(Haciendo mutis por la izquierda.)* Vaya, voy por mi sombrero.

POLI. 1.º — *(Aparte a Pepita.)* Sepa usted que hace un mes que se vienen cometiendo en Madrid una porción de robos y de crímenes por una partida que se llama «La Mano Negra».

POLI. 2.º — *(A Borrego.)* Tú, seguramente, eres el jefe.

BORR. — No, señor. Yo soy el encargado. El jefe es mi papá.

POLI. 2.º — ¡Ah! ¿Luego confiesas? *(Al policía 1.º)* Traiga usted las esposas.

TON. — *(Aparte.)* ¡Pobre Borrego!

BORR. — ¡Eso si que no! ¡Espositas, de ninguna manera!

POLI. 1.º — ¿Que no? *(Al policía 2.º)* Sujétale. *(Mientras le esposan, Tonico permanece de espaldas a la puerta de la derecha, por la que entran, en traje de calle* SUSI *y doña* FILO.*)*

SUSI. — ¿Qué pasa?

PEP. — ¡El ladrón! ¡Hemos cogido al ladrón! ¡Está convicto y confeso!

FILO. — ¿Entonces, son tres?

PEP. — ¿Como tres?

FILO. — ¿No dices que está con Víctor y con no se qué otro?

SUSI. — ¿Y quién es?

PEP. — Un bandido peligrosísimo. ¡El encargado de «La Mano Negra»!

SUSI. — ¡Qué hombre más interesante! ¡Yo quiero verle!

POLI. 1.º — *(Volviendo a Borrego de frente.)* Pues, aquí le tiene.

SUSI. — ¿Eh?

BORR. — ¡Susana!

SUSI. ¡Mi novio!

BORR. ¡Mi futuro yerno!

RIG. *(Saliendo por la izquierda.)* ¡Mi mujer! ¡Mi hija! *(Vuelve a marcharse por la izquierda sin que le vean.)*

PEP. ¡Mi abuela! ¿Pero qué lío es este?

BORR. Susana, escúchame...

SUSI. ¡No! ¡Nunca! ¡No quiero verte más!

BORR. ¿De modo que ya no te casarás conmigo?

PEP. Pero, ¿cómo puede atreverse a hablar de casamiento un hombre como usted, que sale de aquí con dos esposas? *(Mientras los policías se llevan a Borrego, cae el «telón».*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración. En escena, PEPITA *y* TONICO

TON. Nada; no discutamos más. Es necesario que yo vaya a la Comisaría ahora mismo.

PEP. Pero, ¿a qué?

TON. A saber en qué queda todo esto. *(Aparte.)* ¡Pobre Borrego! Tengo que salvarle a toda costa.

PEP. Cuando hagas falta en la Comisaría ya te avisarán. Entre tanto, aun tenemos que hablar tú y yo de algunas pequeñeces.

TON. Ya hablaremos luego. Ahora me voy a la Comisaría sin pérdida de tiempo. *(Dirigiéndose a la derecha.)*

PEP. Pero, oye...

TON. ¡Que no! *(Hace mutis por la derecha.)*

PEP. *(Haciendo mutis detrás de él.)* Pero, escucha... *(Apenas han salido,* RIGOBERTO *asoma la cabeza por la izquierda.)*

RIG. Ya parece que está todo calmado... La verdad es que me he lucido. ¿Qué harán aquí mi mujer y mi hija? Seguramente es que se han enterado de que mis viajes a París eran una patraña y han venido a sorprenderme... Ahora que, en cuanto salga de aquí, cojo el tren y me planto en París; las cartas son la única prueba que me acusa de veras... Y que como las cojan no hay salvación. Con el genio de mi mujer y la educación deportiva de mi hija, es que me arrastran. ¡Bah! Busquemos esas pruebas y huyamos... Una vez con las cartas en la mano, que me arrastren si pueden... *(Va a registrar el «secretaire», cuando se oye la voz de Susi.)*

SUSI. *(Dentro.)* ¡Que no! ¡Que no y que no!

RIG. ¡Es la voz de mi hija! ¡Y viene hacia aquí! Ea, Ri-

goberto, vuelve a esconderte debajo de esa cama y espera una nueva ocasión para escaparte... (*Mutis por la izquierda. Por la derecha entra* SUSI *seguida de* PEPITA.)

SUSI. Ya puede ponerse mamá como quiera. Estoy decidida a escaparme con mi novio.

PEP. ¿Con el ladrón?

SUSI. Desde que sé que lo es le quiero más...

PEP. ¿Que le quieres?

SUSI. Figúrate: Yo que le creía un niño «pera» y resulta que es un valiente, un ladrón famoso... ¡Estoy encantada!

PEP. ¿Y tu madre?

SUSI. Dice que de ninguna manera le dará mi mano.

PEP. Y tiene razón.

SUSI. ¿Que tiene razón?

PEP. Pero, ¿cómo le van a dar tu blanca mano al jefe de «La Mano Negra»?

SUSI. Pues huiré con él, y me casaré con él, y robaremos juntos.

PEP. (*Aparte.*) ¿A quién habrá salido esta niña con esos instintos de ladrona?

SUSI. Me he enterado de algunos de sus robos y es un hombre ideal.

PEP. Vamos, Susana, medita un poquitín. Piensa que «La Mano Negra» ha hecho robos escandalosos. Uno de los últimos fué en la parroquia del distrito.

SUSI. Me han dicho que mi novio tiene bajo su dirección una banda muy numerosa. Casi todos los robos los hacen en cuadrilla. El asalto a la Parroquia, el asalto al Banco, el asalto al Hospital...

PEP. Como que en la Parroquia entró con veinticinco.

RUSI. Y en el Banco con treinta...

PEP. Y en el Hospital entró con treinta y nueve.

SUSI. Sín embargo, el robo de la estación de La Encina lo hicieron entre él y otro. Se llevaron llenos de alhajas varios sacos de mano de unos cuantos viajeros. Pero no lograron capturarlos. Dicen que a los que le delatan les deshace la cara a fuerza de darles golpes con una llave inglesa.

PEP. Pues figúrate lo que haría conmigo, que me opuse a que huyera... *(Entra* DARÍA *por la derecha.)*

DAR. Doña Pepita, de parte de mi señora que si tiene usted la bondad de ir...

PEP. Enseguida. ¿Qué me querrá tu madre?

SUSI. Dolerse a ti de mi determinación. Y es que mi madre no se da cuenta de la emoción que para mí supone vivir unida a un hombre que, al venir a acostarse por la noche, llega de robar en la ciudad, como Luis Candelas, y que se levanta por las mañanas para asaltar las haciendas, como José María «el Tempranillo». ¿Tú no te casarías con semajante héroe?

PEP. ¡Yo qué me iba a casar con un hombre que, por las noches, se acostase Candelas y se levantase por las mañanas Tempranillo! *(Hace mutis por la derecha.)*

DAR. Señorita, ¿quiere usted prestarme unos minutos de atención?

SUSI. Habla.

DAR. Ante todo, lea la señorita este telegrama de mi novio que he recibido anoche. *(Se lo da.)*

SUSI. *(Después de leer.)* ¿De modo que tu padre reniega de tu novio si éste no tiene dos mil pesetas para un negocio?

DAR. Sí, señorita.

SUSI. ¿Y qué quieres que yo le haga?

DAR. La señorita puede prestarme esas dos mil pesetas.

SUSI. ¿Yo? ¿Por qué? ¿Crees que basta servir un mes en una casa para que te presten esa cantidad?

DAR. Me obligará la señorita a decirla que conozco la historia de su hijo...

SUSI. ¿La de qué hijo?

DAR. No niegue la señorita, porque lo sé por boca de su padre.

SUSI. ¿De mi padre?

DAR. Del padre de su hijo.

SUSI. ¿Cómo?

DAR. Mejor dicho, del que usted pretende hacer pasar como padre del niño, porque antes hubo otro.

SUSI. ¿Otro niño?

DAR. Otro padre.

SUSI. Pero, ¿qué hablas?

DAR. Que si usted no me da ese dinero, me veré obligada a contárselo todo a doña Pepita.

SUSI. ¿Qué es lo que vas a contarle?

DAR. Lo del niño. Y, además, la diré que usted y doña Filo la engañan.

SUSI. ¿Mi madre?

DAR. No me venga usted con historias, que yo sé muy bien que su madre no es su madre.

SUSI. ¿Pues quién es?

DAR. Su tía...

SUSI. Pero, ¿quién es mi tía?

DAR. Su madre. Y la contaré lo de la borrachera.

SUSI. Tú te has vuelto loca; pero, como yo no quiero chiflados a mi servicio, disponte a tomar el tren esta misma tarde.

DAR. ¿Tiene valor la señorita para despedirme sabiendo lo que sé? *(Aparece* PEPITA *en la derecha.)*

SUSI. ¡Tengo valor para eso y para cruzarte la cara por calumniadora! *(Avanzando amenazadora.)*

PEP. ¡Susana!

SUSI. *(A Daría.)* ¡Vete, vete de mi vista!

DAR. Está bien.

SUSI. Hábrase visto la infundiosa...

PEP. ¿Pero qué os ocurre?

SUSI. Nada. No merece la pena ni de acordarse de ello. ¿Qué te ha dicho mi madre?

PEP. Está como para que la pidan la pulga. Me ha hablado del robo de la Parroquia y del de la estación de La Encina... Y ha asegurado que, como sigas empeñada en casarte con el ladrón, te desheredará y te declarará hija «pódriga».

SUSI. Será pródiga.

PEP. Tu madre ha dicho «pódriga».

SUSI. Bueno, me es indiferente. Yo sólo deseo que tú perdones a mi novio el que haya querido robar en tu casa.

PEP. Por mí, perdonado; pero, a lo mejor, no me perdona él, y el día que me vea me da un golpe con la llave inglesa y me estropea el físico. Claro, que los jueces no serán tan benévolos como yo.

SUSI. ¡Bah! Eso es lo de menos. Huirá de la cárcel.

PEP. ¿Estás segura?

SUSI. Y vendrá a buscarme. Me lo está dando el corazón.

PEP. No le hagas mucho caso al corazón, que a lo mejor está de broma.

MAN. *(Dentro.)* ¡Susana!

SUSI. ¡Manolo!

PEP. *(Asustada.)* ¡El ladrón!

SUSI. No temas; yo te defenderé. *(En la derecha aparece* BORREGO; *viene hecho una lástima: lleno de cardenales y con un ojo negro.)*

BORR. Susana...

SUSI. El corazón me lo estaba dando.

BORR. ¿El que te estaba dando el corazón?

SUSI. Que te escaparías de buena o de mala manera.

BORR. Pues ha sido de buena...

SUSI. ¿Ah, sí?

BORR. De buena me he escapado... Fíjate como vengo. *(Por Pepita.)* Todo por culpa de esta señora que me impidió la huída... *(Se mete la mano en el bolsillo.)*

PEP. *(Viendo su acción.)* ¡Ay, Susana, que saca la llave!

BORR. *(Sacando un pañuelo y limpiándose el sudor.)* Menudo rato me ha hecho usted pasar...

SUSI. Pero tú la perdonas, porque te advierto que se trata de una hermana mía...

PEP. ¿Hermana tuya?

SUSI. *(Aparte a Pepita.)* Calla, mujer, así le aplacaremos.

BORR. Y yo que la tomé por esposa del dueño de la casa.

SUSI. No, hombre.

PEP. ¡Qué disparate!

SUSI. Dame la mano. ¡Qué emoción se siente al estrechar la mano de un hombre valeroso! Y, además, qué modestia, qué poca importancia te das.

BORR. Eso es de nacimiento.

SUSI. *(Por los cardenales.)* ¿Y esto, de qué es?

PEP. Pues eso ha podido ser de enterramiento, porque le dan otro más, y peor que si hubiese cogido la «canastera».

SUSI. Pero, ¿cómo ha sido?

BORR. Que decían que yo era el jefe de «La mano negra» y querían que cantase.

SUSI. ¿Y qué?

BORR. ¡Que allí hubiera yo querido ver a Fleta.

SUSI. ¿Pero no cantaste?

PEP. ¿Cómo querías que cantase con aquella solfa?

SUSI. Bueno, pero dime: ¿eres el jefe o no?

BORR. Es la centésima vez que hoy me lo preguntan, y ya he dicho que soy el encargado. El jefe es mi papá.

SUSI. ¿Tan sólo el encargado? Pues yo necesito que seas el jefe.

BORR. Cuando me case lo seré, porque ya me tiene dicho papá que, en cuanto me case, él se retira y me deja el negocio.

PEP. Y... díganos..., ¿el negocio... produce?

BORR. ¿Que si produce? ¡Un dineral!

SUSI. ¿Robaréis mucho?

BORR. Más de lo que debemos, porque a la parroquia ya le hemos robado lo suyo.

PEP. Sí; lo de la parroquia ya nos lo han contado.

SUSI. Ese fué un gran golpe.

BORR. ¿Cuál? *(Llevándose la mano al ojo acardenalado.)* ¡Ah, sí! Como querían que cantase y yo no lo hacía, uno de ellos me dió este puñetazo en el ojo para que viera...

SUSI. ¿Para qué vieras que debías cantar?

PEP. Para que viera sólo con el otro, porque a poco si le deja tuerto.

SUSI. Y pensar que tú entraste anoche en esta habitación...

BORR. No lo creas. Yo, en esta habitación, he entrado hoy por vez primera...

PEP. ¿Entonces ha mentido Tonico?

BORR. Pues claro que ha mentido. Y, aunque él cuenta que entró detrás de un ladrón, hay que ser tonto para creerlo, sabiendo que aquí había una mujer durmiendo y conociendo a Tonico.

SUSI. ¿Cómo?

PEP. ¿Y usted conoce a Tonico?

BORR. Como a mí mismo. Ha hecho muchos negocios con mi padre.

PEP. ¿Con su padre de usted?

SUSI. Negocios limpios, naturalmente...

BORR. Regular de limpios, porque él ayudó a mi padre en el asunto de la encina...

PEP. ¿En el de los saquitos de mano?

BORR. ¿Cómo saquitos, si eran de este tamaño?

PEP. Pero si Tonico hace esa clase de negocios con su padre, ¿es que pertenece a la partida de usted?

BORR. Hace algunos años. Todos los días va a echar una manita.

PEP. ¡Vamos! ¿Qué te parece?

BORR. Y que está hecho menudo granujón.

SUSI. Bueno, eso no nos importa.

PEP. Deja, deja que hable.

BORR. A ustedes se las puede decir. Como resulta que está casado con una cascarrabias...

PEP. ¿Conque...: con una cascarrabias?

BORR. Y que sólo se casó por el dinero...

PEP. ¿Conque por el dinero?

BORR. En cuanto ve otra mujer se vuelve loco.

PEP. De modo que él subió aquí...

BORR. El subió a lo que subió.

PEP. De forma que es de su partida, que su mujer es una cascarrabias y que anoche subió a lo que subió...

BORR. Pero, ¿a usted qué le importa todo eso?

PEP. ¿Que no me importa? ¡Pues no me ha de importar! ¡Lo mato! ¡Os juro que lo mato!

SUSI. Atiéndeme, mujer...

BORR. *(A Susi.)* Pero, ¿a quién va a matar?

PEP. ¡A Tonico! A usted le han puesto las ventanas de su nariz como un balcón corrido, ¿verdad? Bueno: ¡pues las de Tonico las va usted a ver convertidas en una claraboya! ¡Por éstas! *(Hace mutis por la derecha.)*

SUSI. Ahora contéstame sinceramente, Manolo: ¿Es verdad que tú no entraste anoche en esta habitación?

BORR. No; el que entró fué Tonico. El me dijo que aquí había durmiendo una mujer.

SUSI. ¿Y tú sabes quién dormía aquí? ¡Yo!

BORR. ¿Eh? ¿De modo que no contento con atentar contra tu honra, me toma a mí por tapadera? ¡Habrá granuja!

SUSI. Aguárdame aquí. Yo voy a calmar a Pepita. Si, entre tanto, te encuentras a Tonico, procura dominarte. Me da miedo tu valor y tu venganza.

BORR. Mira que ese valor mío es una fantasía tuya.

SUSI. Ya veo que te estoy confundiendo con mis alabanzas. *(Hace mutis por la derecha.)*

BORR. Con sus alabanzas no sé, pero que me confunde con alguien no me cabe duda. *(Se mete en el balcón. Por la izquierda sale don* RIGOBERTO.)

RIG. Nadie. Ahora es la ocasión. Como coja las cartas van a tomar una velocidad, que las ponen un sello de urgencia y no salen antes de Madrid. *(Se dirige a registrar el «secretaire». Sale* BORREGO *del balcón.)*

BORR. *(Aparte.)* ¡Atiza! ¡Un hombre registrando!

RIG. *(Volviéndose.)* ¿Eh? ¿Quién anda por ahí? ¡El jovenzuelo! *(Viendo a Borrego.)*

BORR. *(Temblando y tartamudeando.)* ¡El mama... el mama... el marido de Eva!

RIG. Desde aquella tardecita de San Fernando no hago otra cosa que buscarle a usted...

BORR. ¿Y para... para qué se ha molestado?

RIG. Desde entonces le busco a usted como el podenco a la liebre, como el mastín al zorro, como el gato al ratón. Yo soy el podenco, el mastín, el gato... Usted es la liebre, el zorro, el ratón.

BORR. Está usted equivocado. Yo no soy ni liebre, ni zorro, ni ratón. Yo soy Borrego.

RIG. ¡Pues yo soy el lobo! Pero como no quiero matarle a usted indefenso, nos batiremos. La elección de armas la echaremos a cara o cruz. A no ser que usted tenga preferencia porque le dé un tiro, porque le dé una estocada o porque le dé un sablazo.

BORR. Puesto a elegir, preferiría el sablazo.

RIG. Pues deme usted un duro.

BORR. ¿Ah, pero esto se arregla con un duro? *(Le da un duro.)*

RIG. *(Disponiéndose a tirar al aire la moneda.)* Pida usted.

BORR. ¿Me va usted a convidar?

RIG. Pida usted; cara es a pistola, cruz es a espada. conque acabemos: ¿cara o cruz?

BORR. Canto.

RIG. ¿Encima chungueito? ¡Basta! ¡Salga usted conmigo a la calle, ahora mismo! *(Se oye dentro murmullo de voces.)*

SEG. *(Dentro.)* No es posible, señora. La señorita no quiere recibir a nadie.

BORR. ¿Oye usted?

RIG. Sí, señor. Es la criada que se niega a recibir una visita. Pero eso no nos interesa a nosotros. Con que salgamos a la calle.

BORR. ¿A la calle?

RIG. Entre hombres, esa conducta es la derecha.

BORR. Yo creo que no.

RIG. ¡Es la derecha!

DOL. *(Dentro.)* ¡He dicho que no me voy sin verla!

RIG. ¡Pues no es la derecha!

BORR. Claro que no.

RIG. ¡Como que es «la Zurda»!

RIG. ¿Qué zurda?

RIG. Dolores, la mujer con quien usted me la pegó.

BORR. Aquella se llamaba Eva.

RIG. Evarista es su nombre de pila, y Dolores su nombre de guerra. *(Asomándose.)* ¡Y viene con su tía! Caballero, a mí me es imposible permanecer aquí.

BORR. Y a mí también. Pero ¿qué hacemos?

RIG. Yo, con su permiso de usted, me voy para la cama.

BORR. ¿Se encuentra usted mal?

RIG. Malísimamente, porque como es muy baja, un muelle del colchón se me está clavando en los riñones...

BORR. ¿Y no habría para mí un huequecito debajo de esa cama?

RIG. Imposible. Apenas puedo ocultarme yo.

BORR. Pues a ver dónde voy a meterme.

RIG. Escóndase detrás de aquel biombo.

BORR. ¿De cuál?

RIG. De aquel que tiene pintadas esas chinas.

BOOR. Eva y su tía vienen hacia esta habitación.

RIG. Pues escóndase pronto. Corra. No hay tiempo que perder.

BORR. *(Que ha corrido hacia el biombo, mientras Rigoberto se dirige a la izquierda, tropieza y grita.)* ¡Ay!

RIG. ¿Qué le ocurre?

BORR. Que me he metido una china en el ojo. *(*RIGOBERTO *hace mutis por la izquierda. Borrego se oculta tras*

el biombo. Por la derecha, PEPITA, *seguida de* DOLORES *y* AGAPITA.)

PEP. Pasen ustedes por aquí, y díganme lo que desean.

AGA. Tome usted asiento en esa «chaiselongue», porque la cosa es larga. *(A Dolores.)* Tú, niña, ensíllate.

PEP. Ya escucho.

AGA. Preliminar: su marido de usted, el dueño de esta casa, es un sinvergüenza.

PEP. Señora...

AGA. Sujete el organismo nervioso, que ya le he dicho que la cosa es larga.

PEP. Pero ante todo, ¿quiénes son ustedes?

DOL. Yo, una víctima.

AGA. Y yo, una tía.

PEP. Me lo estaba figurando.

AGA. Una tía de la víctima u séase la vengadora. Levántate, niña. Esta se llama Dolores, la Zurda.

DOL. Para servirla. Bailaora de flamenco y primera estrella del Madrid Kursal.

PEP. ¿Cómo dice?

AGA. «Cursal», diminutivo de Sucursal.

PEP. ¿Y la llaman la Zurda?

AGA. La llaman la Zurda, porque en el taconeo trabaja mejor con la pata izquierda que con la pata derecha.

PEP. ¡Ah!, ¿pero trabaja con las patas?

AGA. ¿Quié usted verlo? Anda, taconea un poco pa que se convenza la señora.

DOL. No faltaba más. *(Poniéndose en pie.)*

PEP. No se moleste. Por mi puede usted dejar las patas quietas.

DOL. Como usted guste.

AGA. Continúo con la presentación. Una servidora es Agapita González, tía de este pimpollo, casi viuda, cambianta en mis buenos tiempos y hoy rentista.

DOL. Hemos venido porque se nos ha dicho que este hotel estaba habitado por su dueño y la señora de su dueño.

PEP. Exactamente. El dueño es mi marido.

AGA. Ahí le duele.

DOL. *(Aparte a Agapita.)* Dígaselo usted con cierto cuidao.

AG. *(Aparte a Dolores.)* Ahora verás tu diplomacia.

(Alto.) Preliminar: Su marío de usted ha tenío un hijo con mi sobrina.

PEP. ¡Falso!

AGA. ¿Falso? *(Sacando un retrato.)* ¿A quién se parece esta criatura?

PEP. ¿Que usted ha tenido este niño con mi marido?

DOL. Natural.

PEP. ¿Cómo que natural?

AGA. A ver. Si no pué ser legítimo tié que ser natural.

PEP. Pues como no lo tuviera de soltero. Porque será ya mayorcito.

DOL. No, señora, es de pecho.

PEP. ¿De pecho o natural? ¿En qué quedamos?

AGA. Quedamos en que Pito tié toa la cara de su padre.

PEP. ¿Pito? ¿Pero se llama Pito?

AGA. Se llama como yo; Agapito.

PEP. ¡Caray con Pito! Con esta cabeza, más que pit parece un trombón.

AGA. ¿Qué tié usted que decir de la cabeza de est niño?

PEP. Que coge toda la postal. Como le hagan ustede una ampliación, van a creer que son las prueba de un submarino.

DOL. Señora...

PEP. ¿Pero dónde conocieron ustedes a mi marido?

DOL. En un café cantante al que le dicen «Las Amé ricas».

PEP. ¡Horrible! ¡Horrible! ¡Qué granuja! ¡Qué canall ¡Le saco los ojos! *(Entra* FILO *por la derecha.)*

FILO. Pero, ¿qué te ocurre?

PEP. ¡Ay, Filomena, qué desgracia!

DOL. Vamos, señora, no se ponga usted así, que no pa tanto.

PEP. ¿Que no es para tanto que tenga un hijo con D lores?

FILO. No sé de quién se habla, pero tener un hijo c dolores es una cosa muy corriente.

DOL. ¿Cómo se atreve usted a decir que es corrien tener un hijo conmigo?

FILO. ¿Qué?

PEP. Pero si es que Tonico tiene un hijo con esta jov cita.

FILO. Eso no puede ser. Tu marido es un hombre serio, es un hombre formal, es todo un santo.

PEP. ¿Un santo? Mira este niño. ¿Lo ves bien?

FILO. Sí. ¿Quién es?

PEP. Es un pito del Santo.

FILO. Y el chico es muy hermoso.

DOL. Muchas gracias.

PEP. ¡Vamos, no me digas que es hermoso con esta cara de botijo!

DOL. ¡Oiga usted! ¿Qué es lo que tiene mi niño de botijo?

PEP. La boca que no le falta más que la rejilla. ¿Pues, y la nariz?

DOL. ¿Qué tiene en la nariz?

AGA. Que estaba costipao cuando lo retrataron.

PEP. ¡Y hay que ver qué cabeza!

AGA. ¡Ná, que la ha tomao con la cabeza!

DOL. Lo que pasa es que usted le odia y todo lo del chico le parece feo.

PEP. Está usted equivocada. A mí, ese niño, me importa lo que dos de esos tocayos suyos que se soplan y suenan. Pero, vamos a cuentas: ¿ustedes pueden traer al chico?

DOL. Le diré a usted.

AGA. Es el caso que, el ama, tiene al niño en rehenes.

FILO. ¿En algún pueblo?

DOL. No, señora. Es que como antes, su marido, nos mandaba un diario, pues de eso pagabamos al ama.

AGA. Y como hace cuatro meses que no nos da un céntimo el ama dice que no nos lo entrega y que va a cerrarle los vasares de la despensa. ¿Usted me comprende?

PEP. Todo eso está muy bien, pero ¿es que aquí la *izquierdosa*, ignoraba que mi marido era casado?

DOL. Claro que sí.

PEP. Filo, hazme el favor de acompañar a estas mujeres a mi cuarto y que esperen allí a que yo las avise la llegada de mi marido.

FILO. No faltaba más. Vengan ustedes por aquí. (FILO, DOLORES *y* AGAPITA *hacen mutis por la derecha.*)

PEP. Vamos, mire usted que ir a «las Américas» para

volver a casa con un Pito... ¡Es el colmo del buen humor! *(Entra* DARÍA *por la derecha.)*

DAR. *(Aparte.)* ¡Gracias a Dios que la dejaron sola! *(Alto.)* ¿Qué la pasa a usted, doña Pepita?

PEP. ¡Una friolera! Que mi marido tiene un hijo con una mujer que no soy yo.

DAR. ¿De modo que ya lo sabe usted? ¡Y a mí que me daba miedo el decírselo!

PEP. ¿Es que tú lo sabías?

DAR. Sí, señora.

PEP. ¿Y quién te lo había dicho?

DAR. El padre del niño.

PEP. ¿Mi marido? ¡Es que no tiene pizca de vergüenza!

DAR. Pues a la señorita Susi no la sobra mucha porque mire usted que dárselas de honrada y resultar luego con un chico... Y todo por una borrachera que tomaron juntos.

PEP. *(Aparte.)* ¡Ay, que me parece que esto va a ser peor que lo de la Zurda!

DAR. Mire usted que tener su marido un hijo con mi señorita...

PEP. ¡Entonces tiene dos!

DAR. Uno.

PEP. ¡Dos!

DAR. Cuando yo le digo a usted que es uno...

PEP. Cuando yo te digo que son dos...

FILO. *(Entrando por la derecha.)* Pero, ¿qué estáis contando?

PEP. ¡Hijos!

FILO. *(A Daría.)* ¿Tú qué haces aquí?

DAR. Me marchaba en el momento de llegar la señora. *(Hace mutis por la derecha.)*

PEP. ¡Espantoso, vamos, espantoso!

FILO. Tienes razón. ¡Hay que ver qué hombres!

PEP. Hay que ver qué hombres y hay que ver qué mujeres!

FILO. Verdad. Estas cosas no pasarían si las mujeres se educasen en el ambiente de honradez que se educó mi hija.

PEP. ¡Mira, Filo, no me hables de tu hija!

FILO. ¿Es que la has tomado de nuevo con ella?

PEP. La que la tomó con mi marido fué la Susi. Y todo viene de resultas de aquella borrachera.

FILO. ¿Qué borrachera?

PEP. La que tomaron juntos antes de tener el niño.

FILO ¿Que Susi tiéne un niño?

PEP. ¡Como lo estás oyendo! ¡Eres abuela de un hijo de Tonico!

FILO. ¡Imposible!

PEP. Te advierto que es él el que lo ha confesado.

FILO. ¡Tú marido ha perdido la vergüenza!

PEP. Pues la de tu hija no la vas a encontrar ni poniendo un anuncio.

FILO. ¡Es horrible! ¡Voy a ver a Susi! ¡Necesito escucharlo de sus labios! ¡Qué catástrofe, Señor, qué catástrofe! *(Hace mutis por la derecha a tiempo que entra* TONICO.)

TON. ¿Dónde va tan enfadada, doña Filo?

FILO. ¡A mí no me hable usted! ¡Lo sé todo! *(Mutis.)*

TON. ¿Cómo?

PEP. ¡Que lo sabemos todo! ¿Qué te parece este niño? *(Mostrando el retrato que se quedó.)*

TON. Muy hermoso.

PEP. ¡No me digas que este chico es hermoso! ¡El niño este es una birria! Si fuera langostino habría que tirarlo entero.

TON. ¿Por qué?

PEP. Porque no tiene más que cabeza.

TON. No tanto, mujer.

PEP. ¿Qué vas a decir tú si te ciega la pasión de padre?

TON. ¿De padre? ¡Pero quién es esta criatura!

PEP. Pito. ¿Es que ignoras el nombre de tu hijo?

TON. ¿Hijo mío ese niño?

PEP. ¿A que vas a decirme que el Pito este no te toca nada?

TON. ¡Pepita!

PEP. ¡Vaya faenita que me has hecho!

TON. ¿A ti?

PEP. ¿De modo que de pecho, natural y con la Zurda? ¡Menuda faena! ¡Y si fuera esto solo!... ¡Pero mira que tener otro hijo con la Susi!

BORR. *(Saliendo de detrás del biombo.)* ¡Basta! ¡No puedo más! ¡Eres un miserable!

TON. ¡Borrego!

BORR. Borrego de apellido, ¿entiendes? Estoy dispuesto

a demostrarte que, cuando llega el momento de vengar agravios, me convierto en león.

TON. ¿Pero qué dices tú también?

BORR. Que no se coge a un pobre hombre y se le hace pasar por ladrón para justificar el haber entrado en la alcoba de una mujer, y más cuando esa mujer es mi novia, y más cuando tienes un hijo con ella.

SUSI. *(Entrando por la derecha seguida de* FILO.) ¿Quién ha dicho semejante calumnia?

PEP. Tonico.

TON. ¿Yo?

PEP. Es inútil que niegues. Voy a demostrártelo todo. Lo de Susasa, lo de la Zurda, lo de las criadas... ¡Todo. *(Llamando a gritos.)* ¡Segunda! ¡Daría! ¡Dolores! ¡Agapita!

TON. ¿Quiénes serán todas esas mujeres?

SEG. *(Entrando por la derecha.)* Mande usted.

PEP. Ven. Enséñale a este señor los pellizcos que te dió en el brazo.

SEG. ¿A mí? ¡Si no ha sío él! *(Entra* DARÍA *por la derecha.)*

PEP. ¿Que no? *(A Daría.)* Acércate, Daría. Este hombre niega haberte pellizcado y haberte dicho que tenía un hijo con la Susi.

DAR. Y ya lo puede negar. Como que es la primera vez que me ve en su vida.

PEP. ¿Cómo?

AGA. *(Entrando con Dolores.)* Aquí estamos nosotras.

PEP. Venga usted, jovencita. Mi marido niega ser el padre de su hijo.

TON. Pues claro que lo niego.

DOL. Pero ¿éste es su marido?

AGA. Pues hemos padecío una equivocación.

POL. 1.° *(Entrando por la derecha.)* Con permiso. Acabamos de detener a un hombre en el momento que se descolgaba por una ventana del hotel.

TON. A ver si ahora aparece el ladrón de verdad.

POL. 1.° *(Hablando hacia fuera.)* Pase usted a ese sujeto. *(Entra por la derecha el* POLICÍA 2.° *sujetando a don* RIGOBERTO.)

BORR. ¡El marido de Eva!

FILO. ¿Cómo? ¿Que tú eres el marido de Eva?

RIG. ¡Mi mujer! ¡Mi hija!
FILO. ¡Mi esposo!
SUSI. ¡Mi padre!
DOL. ¡El padre de mi hijo!
AGA. ¡El «seduztor»!
RIG. ¡El ciclón de la Habana!
PEP. Pero me quieren ustedes explicar...
AGA. Muy sencillo. Ese es el padre de Pito.
FILO. ¿Mi marido?
RIG. Poco a poco. Yo no tengo que ver nada con ese Pito. El padre es éste. *(Por Borrego.)*
BORR. ¿Yo?
SUSI. ¿Que ese niño es tuyo?
RIG. Naturalmente. Yo le encontré a usted en San Fernando con esa mujer entre los brazos.
BORR. Eso no quiere decir nada.
RIG. ¿Cómo que no?
BORR. *(Yendo hacia él desafiador.)* ¡Que a mí no me cuelga usted ese Pito!
RIG. *(Engallándose y metiéndole la cara.)* ¡Yo le cuelgo a usted ese Pito y la banda municipal!
TON. Señores, un poco de calma. Veamos. Usted dice que no es el padre de este niño. *(A Rigoberto.)*
RIG. De ninguna manera.
TON. ¿Tú también niegas la paternidad? *(A Borrego.)*
BORR. Yo niego la paternidad aquí y en San Fernando del Jarama.
TON. Que yo no soy el padre, es cosa demostrada.
PEP. *(Con el retrato en la mono.)* Pues entonces, ¿de quién es ese Pito?
BORR. Puede que sea de un empleado del Metro.
AGA. Oiga usted, que mi sobrina no ha descendío nunca tanto.
PEP. Basta, basta. Yo no quiero en mi casa estas discusiones.
FILO. Es que yo necesito averiguar cómo se encuentra aquí mi marido y por qué le achacan ese niño.
SUSI. Y yo quiero saber si ese niño es de mi novio.
DOL. Y yo no me callaré hasta que no averigüe quién es el padre de mi hijo.
PEP. Eso lo averiguan ustedes preguntándoselo al que hace los pasatiempos en «Blanco y Negro».

SUSI. Tú no tienes derecho a impedirnos que aclaremos esto.

VOCES. ¡Claro! ¡Naturalmente! ¡Eso es!

PEP. ¡Yo, en mi casa, hago lo que me da la gana! *(Se produce un verdadero escándalo. Todos hablan a la vez.)*

VOCES. ¡No, señora! ¡Que se cree usted eso! *(Etcétera.)*

POL. 1.º ¡Silencio! ¡Silencio! Esta señora tiene razón. Está en su casa, y aquí tiene a la autoridad para defenderla en sus derechos. Señora, estamos a su disposición.

PEP. Entonces, hágame el favor de sacar de aquí a estas dos mujeres y ayudarlas en la busca y captura de un padre desaparecido.

AGA. ¡Ni desapareció ni ná! Yo lo que necesito es que me paguen la lactancia del chico.

POLI. 1.º Eso lo dice usted en la Comisaría.

AGA. Eso de la lactancia lo digo yo en la Comisaría y en las Navas. Y yo no sé de leyes, pero me creo que un padre que abandona un hijo, por la sola razón de que no tié la certeza de que sea suyo, debe tener castigo. Y un jovencito que acude a una cita que la da una muchacha honrá que tié un hijo con otro, pa luego decir que ese niño ni es suyo ni del otro, también tié que tener castigo. *(Al policía.)* Conque eche usté pa alante que voy a denunciarlos pa que los castiguen. Quéen ustés con Dios.

PEP. Adiós, castigadora. *(Mutis por la derecha de* DOLORES, AGAPITA *y el* POLICÍA 1.º*.)*

POLI. 2.º ¿Y de este hombre, qué hacemos? *(Por Rigoberto.)*

FILO. Nada. Es mi marido y yo me encargo de él.

POLI. 2.º Es que como le he visto saltar por la ventana...

FILO. Pues, como se quede usted en la calle, lo va a ver salir por la azotea. *(El Policía saluda y se va por la derecha.)*

RIG. Escúchame, Filito...

FILO. ¡Ni una palabra! Ahora mismo saldremos para Bilbao, y en cuanto lleguemos plantearé el divorcio. *(Hace mutis por la derecha.)*

RIG. *(Saliendo detrás de ella.)* Atiéndeme, Polito...

SUSI. *(A Borrego.)* Y usted ya lo sabe. Hemos termina

do. ¡Si siquiera fuese usted ladrón!... *(Mutis por la derecha.)*

BORR. Susi, por caridad... *(Mutis detrás de ella. Darío les sigue.)*

TON. *(A Pepita.)* ¿Lo ves? Todo esto lo has armado con tus celos ridículos.

PEP. ¿Yo?

TON. Tú. Porque ni Susi es culpable, ni Filo ha debido enterarse de lo de su marido, ni Borrego ha debido de perder la novia...

PEP. Tienes razón. Pero yo te prometo que ahora mismo lo arreglaré todo. Y ten la seguridad de que mis celos se han terminado para siempre.

TON. ¿De veras?

PEP. Te lo juro. *(Llega a la puerta de la derecha, se vuelve y en su mirada se ve la desconfianza que la produce dejar a Segunda sola con Tonico.)* Segunda... Pasa tú la primera.

TON. ¡Incurable! Pero, ¿no decías que no ibas a tener celos?

PEP. Si no son celos. Es... que... ¡como ésta es de un pueblecito!...

TELON

PRECIO: TRES PESETAS